

BOLSILIBROS

PUNTO

ROJO

EN MI GONDOLA
TE ESPERO



Lou Carrigan



Lectulandia

Dello Jolio terminó de hablar, y miró entonces a las personas que estaban frente a él en su despacho de la hermosa villa ubicada cerca de Venecia.

Una de esas personas, una mujer, estaba sentada en un sillón próximo a la mesa del despacho. Una mujer de aspecto corriente, cuya edad podía estar poco más allá de los treinta años. Ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada. Corriente en todos los aspectos. Vestía falda oscura, jersey también oscuro, y llevaba el cabello asimismo negro, recogido con simpleza con una cinta. Una figura de mujer nada espectacular, ciertamente.

Lectulandia

Lou Carrigan

En mi góndola te espero

Bolsilibros: Punto Rojo - 814

ePub r1.0

jala y xico_weno 11.02.18

Título original: *En mi góndola te espero*

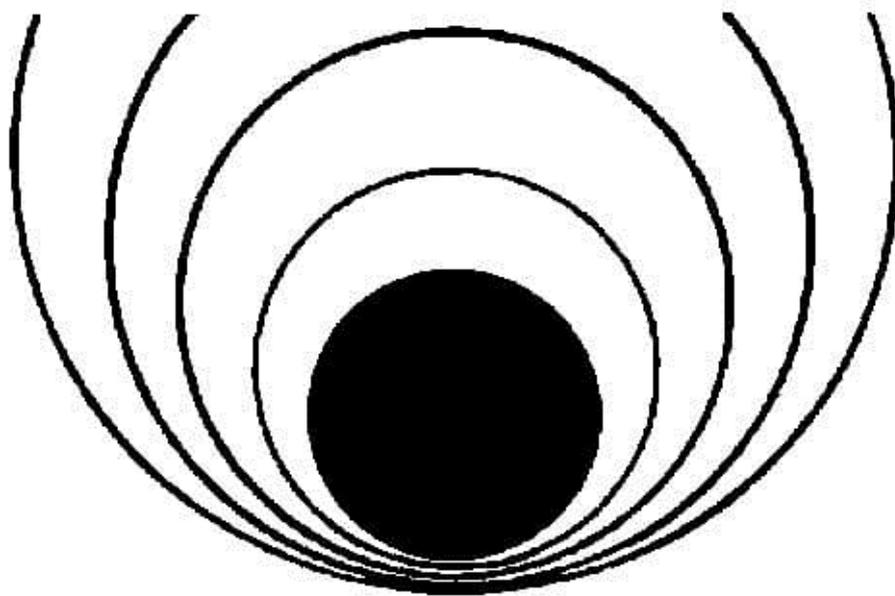
Lou Carrigan, 1977

Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: jala y xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PUNTO ROJO

PRELUDIO

Dello Jolio terminó de hablar, y miró entonces a las personas que estaban frente a él en su despacho de la hermosa villa ubicada cerca de Venecia.

Una de esas personas, una mujer, estaba sentada en un sillón próximo a la mesa del despacho. Una mujer de aspecto corriente, cuya edad podía estar poco más allá de los treinta años. Ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada. Corriente en todos los aspectos. Vestía falda oscura, jersey también oscuro, y llevaba el cabello asimismo negro, recogido con simpleza con una cinta. Una figura de mujer nada espectacular, ciertamente.

La otra mujer que había en el despacho, sí era más llamativa. Una muchacha de melena rubia y ojos oscuros, que permanecía en pie delante de la mesa, mirando a todo el mundo. Y al estar en pie se percibía la hermosa silueta de la muchacha. Había gallardía y seguridad en su gesto, y una sonrisa con un cierto tono de frialdad en sus bonitos labios llenos y frescos.

También en el despacho de Carlo Dello Jolio había tres hombres. Éstos se llamaban: Luchino Boretti, Ettore Galeas y Ecio Pisano. Ninguno de los tres merecía especial atención, ni siquiera una mirada que estuviese dispuesta a detallarlos o clasificarlos. Tres hombres vulgares, cuya única nota de diferencia con otros hombres era su mirada fría, dura.

—¿Está todo entendido, entonces? —preguntó Dello Jolio.

La hermosa muchacha de la melena rubia y los ojos oscuros asintió al mismo tiempo que lo hacían los tres hombres. La otra mujer, la cual estaba sentada en el sillón, permaneció impasible.

—De acuerdo —dijo Dello Jolio—. Ya hemos convenido que es más difícil seguir la pista a una sola mujer que a tres hombres que hiciesen el trabajo. Por lo tanto, y de acuerdo con las instrucciones que has recibido, puedes partir cuando quieras hacia Milán.

—De acuerdo, señor Dello Jolio —sonrió la bella Sofía—. Tenga usted la seguridad de que todo saldrá perfectamente.

—Así lo espero —dijo con cierta sequedad Carlo Dello Jolio—. Podéis retiraros. Y, Sofía, quedamos esperando tu regreso.

La bella muchacha sonrió, hizo un gesto de despedida, y se dirigió hacia la puerta del despacho, seguida por los tres hombres.

De este modo, en el despacho quedaron solos Carlo Dello Jolio y la mujer que estaba sentada en el sillón: Isabella Dello Jolio. Carlo se puso en pie, se acercó a la ventana del despacho, y se quedó allí, mirando hacia el exterior. Carlo Dello Jolio era también un hombre de aspecto vulgar. Llevaba una barba oscura, bien cuidada, sin una sola cana, aún. Dello Jolio no parecía haber alcanzado aún los cuarenta años. Era

un hombre de estatura corriente, delgado. Nada destacaba en su aspecto físico, como no fuese precisamente aquella barba, el bigote, las pobladas cejas y el cabello un tanto largo cayendo sobre la nuca.

Durante un par de minutos, Carlo estuvo contemplando Venecia, al fondo, sobre la laguna. Venecia, sobre más de cien islotes, unidos por cuatrocientos diez puentes, todos de piedra. Venecia, con sus cúpulas, sus apretadas calles, sus tortuosos canales... Todo un poco lejano, ya que la villa de Carlo Dello Jolio se encontraba en tierra firme, en una suave colina a tres kilómetros de la salida del puente de la Libertad, que une Venecia con tierra firme. Un puente de cuatro kilómetros de longitud, siempre abarrotado por el tráfico de autos.

Desde la ventana, y con mucha más nitidez, Carlo podía también ver parte de su extensa y hermosa villa, cuidadísima en todos los detalles. El más espectacular de todos esos detalles era aquel extraño y complicado dédalo de setos vivos, que formaban una especie de laberinto de figuras circulares, triangulares, cuadradas...

También habían arbustos de flores, y, predominando en todas partes, el denso y verde césped que daba un tono apacible a la villa de Carlo Dello Jolio.

Finalmente, éste se volvió hacia Isabella, y se quedó mirándola fijamente.

—Esperemos que Sofía no falle. Necesitamos ese material, inexcusablemente.

—Lo comprendo, Carlo —musitó la mujer.

—Jamás tendremos en nuestras manos algo de tanto valor. Es incalculable. ¿Has llegado a pensar lo que podemos obtener si Sofía lo consigue?

—Por supuesto que sí. Por eso, al principio me resistía a que Sofía fuese sola a cumplir ese trabajo.

—En cierto modo quizá tengas razón. Pero, insisto en que siempre es más difícil rastrear a una sola persona, y más si Sofía hace su trabajo del modo en que lo hemos planeado, que seguir a tres hombres que hagan las cosas a lo bestia.

La vulgar mujer llamada Isabella sonrió tenuemente.

—No parece que tengas mucha confianza en Ecio, Luchino y Ettore, Carlo —musitó.

—Sí. Para trabajos corrientes, sí tengo confianza en ellos, por eso están a mi lado. Pero para este asunto tenemos que confiar exclusivamente en la inteligencia y decisión de Sofía.

* * *

El coche se detuvo a poca distancia de una casita de planta y piso situada en la punta de Cosso Sempione, una calle milanesa no muy larga y más bien oscura. Del vehículo se apeó Ivonne Bray, agente de la CIA destacada en Milán. Cerró el coche, se dirigió hacia la casita con paso un tanto apresurado, introdujo la llave en la cerradura, la giró suavemente, y tras breve vacilación, entró.

Cerró la puerta tras ella, encendió la luz...

Fue entonces cuando la agente de la CIA Ivonne Bray notó la presencia a su espalda. Ese clásico sexto sentido de las personas cuya vida se desenvuelve siempre en situaciones de peligro.

Pero para cuando Ivonne percibió la automática señal de alarma en su cerebro, ya era demasiado tarde.

Ni siquiera tuvo tiempo de volverse. Oyó como un zumbidito, y acto seguido un ligero pinchazo en la nuca. Entonces, por unos segundos, el silbidito fue como un potente ruido en el interior de su cráneo. Un silbido brevísimo, la muerte fue casi instantánea. Con el dardo clavado en la nuca, Ivonne Bray cayó al suelo; quedó tendida, engarfiadas las manos, casi a los pies de aquella esbelta muchacha de cabellos y ojos oscuros. Con el cadáver a sus pies, Sofía permaneció inmóvil unos segundos contemplándola. Luego, miró hacia el pasillo, hacia el interior de la casita que ella sabía estaba libre de la presencia de otras personas.

Lo cual era absolutamente indispensable para que la bella asesina Sofía pudiese realizar el trabajo que seguía al del asesinato.

Dicho trabajo consistía en ocupar la personalidad de Ivonne Bray, la agente de la CIA. Para ello, Sofía llevaba un bolso que contenía toda clase de elementos de disfraz, incluyendo maquillajes, peluca, lentillas de contacto... Todo cuanto pudiese ser necesario.

Y así, quince minutos más tarde, de la casita en la que había entrado Ivonne Bray, salía una mujer que no era Ivonne Bray... pero que parecía talmente Ivonne Bray.

* * *

Hacía casi una hora que el tren había salido de Milán, cuando dos de los ocupantes de aquel compartimiento del tren, dos hombres que habían estado conversando amablemente, tomaron la decisión de fumar. Dirigieron una sonrisa a las dos mujeres que ocupaban también el compartimiento, y salieron al pasillo. Inmediatamente, una de las mujeres miró a la otra, y murmuró:

—¿Olga Baarova?

La interpelada miró a la mujer que le había hecho la pregunta, y musitó:

—¿Quién es usted?

—Soy Ivonne Bray, de la CIA —explicó la que había iniciado el contacto—. ¿Ha tenido usted alguna dificultad?

—No —mover la cabeza Olga Baarova—. No, no. Todo ha salido bien hasta ahora.

—Espléndido. A partir de ahora, todavía tendrá menos dificultades, puesto que en lo que a mí respecta también está todo dispuesto. Dentro de dos horas y pico llegaremos a Venecia, y para entonces debemos estar ya de acuerdo en todo lo que debemos hacer. Escúcheme atentamente. En cuanto lleguemos a Pádova, a sólo unos treinta kilómetros de Venecia, iremos a los lavabos. Usted lleve su estuche y yo

llevaré mi bolsa de mano. Ya ni siquiera tendremos que regresar a este compartimiento, puesto que nuestro intercambio de personalidad nos ocupará todo el tiempo que el tren tarde en llegar a Venecia. ¿Me ha comprendido?

—Sí, sí, por supuesto. ¿Cuándo podré ver a los míos?

—En Venecia la están esperando dos de mis compañeros de la CIA. Según tengo entendido, será usted trasladada a Suiza dentro de breves días, y supongo que entonces se producirá el primer encuentro entre ustedes antes de ser enviados a Estados Unidos. No debe usted preocuparse absolutamente por nada, Olga.

Ivonne Bray sonrió al decir esto, y Olga Baarova, que parecía bastante preocupada, se sintió bastante aliviada ante aquella sonrisa que casi resultaba simpática.

—¡Ojalá todo salga bien! —suspiró.

—¿Se está arrepintiendo de lo que ha hecho? —preguntó la llamada Ivonne Bray.

—No, no. Simplemente he estado temiendo todo el tiempo que no saliese bien.

—No se preocupe por eso. Ahora es mejor que no hablemos más y que en cuanto lleguemos a Pádova nos reunamos en uno de los lavabos. ¿Tiene alguna duda?

—No. Todo lo he entendido bien, estoy segura.

—De acuerdo, entonces —sonrió una vez más Ivonne Bray.

Poco después los dos hombres regresaron al compartimiento. El resto del viaje hasta llegar a Pádova fue aburrido, matizado de cuando en cuando por unos encomiables esfuerzos por parte de los hombres de entablar conversación con las dos mujeres, cosa que no consiguieron. Todo lo más, respuestas corteses y alguna que otra amable sonrisa.

Finalmente, el tren Milán-Venecia llegó a Pádova. Y en cuanto abandonó esta estación, Ivonne Bray cogió su bolso y abandonó el compartimiento. Segundos después lo hizo Olga Baarova, portando un estuche parecido a un portafolios y del tamaño aproximado de éste.

Ivonne Bray, en un extremo del pasillo, hizo señas a Olga Baarova, y ésta se dirigió en pos de la supuesta espía americana.

Poco después, en el lavabo del extremo del pasillo entraban las dos mujeres, tras asegurarse de que no eran vistas por nadie.

La puerta del lavabo se cerró a espaldas de las dos mujeres, y la rusa Baarova, tras encender la luz, miró a Ivonne Bray. Vio en los ojos de ésta una extraña mirada, pero ni siquiera llegó a sospechar lo que pasaba por la mente de la falsa espía norteamericana.

En realidad, Olga Baarova murió de modo aún más fulminante que la auténtica agente de la CIA Ivonne Bray.

El primer flechazo lo recibió ya en pleno corazón, y la muerte fue súbita.

Cuando el tren, unos quince minutos más tarde llegó a Venecia, sólo una de las mujeres salió del lavabo, naturalmente. Dentro del bolso llevaba el estuche que había pertenecido a la rusa Olga Baarova.

Y mientras Sofía se alejaba con su botín, en el andén dos auténticos agentes de la CIA, miraban tren arriba y tren abajo esperando ver aparecer a dos mujeres, una de las cuales sería su compañera Ivonne Bray y otra la rusa llamada Olga Baarova.

Tardarían todavía bastante en comprender que algo inesperado y terrible había sucedido.

* * *

Sofía Bolano estuvo de regreso a Venecia al día siguiente, por la mañana. En un taxi se hizo llevar hasta las cercanías de la villa de Carlo Dello Jolio. Despidió allí el auto de alquiler y realizó el resto del trayecto a pie.

Diez minutos más tarde entraba en el despacho que había abandonado casi dos días antes. La situación era prácticamente la misma que en aquella ocasión. Carlo Dello Jolio estaba sentado tras la mesa del despacho, Isabella Dello Jolio estaba sentada en el sillón, y en un lado del despacho los tres hombres de más confianza del primero: Luchino Boretti, Ecio Pisano y Ettore Galeas.

Los cinco personajes se quedaron mirando fijamente a Sofía Bolano, y por fin, Carlo Dello Jolio musitó:

—¿Todo ha salido bien?

Sonriendo, Sofía se acercó a la mesa, puso sobre ésta el bolso, y de su interior sacó el estuche.

Hubo exclamaciones de complacencia en los demás ocupantes del despacho, y Carlo se apresuró a tomar el estuche, colocarlo ante él, y, tras una breve vacilación y un suspiro en verdad satisfecho, lo abrió.

Nadie pudo resistir la tentación de acercarse a ver el contenido del portafolios, incluida Sofía, que, siguiendo las instrucciones de su jefe, no había intentado curiosear en su interior.

El contenido del portafolios era sorprendente.

Simplemente, allí, alineados en filas de ocho, había una colección de veinticuatro insectos que parecían disecados.

Carlo Dello Jolio se frotó alegremente las manos y miró con ojos brillantes a sus amigos.

—Sencillamente maravilloso. ¿No os parece una magnífica colección de insectos? ¿Alguna vez os habían parecido tan bellísimos los insectos?

CAPÍTULO PRIMERO

—Eres un bicho miserable —exclamó uno de los amigos de Malcom Shanon—. ¡Tienes que decirnos inmediatamente qué arquitecto te ha construido esta casa!

—Nada de eso —protestó Malcom Shanon—. El que quiera una casa como ésta, que se espabile y busque el arquitecto adecuado.

—Pero, hombre, esto que haces es una cochinada —protestó otro de los buenos amigos de Shanon.

—Pues será una cochinada o no lo será, pero no pienso decir el nombre del arquitecto. Y perdonadme, que voy a ver si Melanie está a punto de reunirse con nosotros.

Esquivando manos que pretendían sujetarlo, y eludiendo respuesta a todas las preguntas, Malcom Shanon, el famosísimo actor cinematográfico que últimamente estaba triunfando en Hollywood, abandonó a toda prisa el salón.

En éste las exclamaciones se sucedían a cada segundo. Todo era sorprendente allí. Casi ochenta invitados abarrotaban el salón y otros puntos de la fantástica casa que el astro cinematográfico se había hecho construir en la isla de Santa Catalina, frente a Long Beach y Los Ángeles. Una casa parecida a un cono, con una cúpula como la de un observatorio astronómico.

Por supuesto, una casa en la que no faltaba absolutamente ningún detalle de buen gusto, confort, incluso lujo. Pero cuya principal característica la apartaba de cualquier parecido con las casas de sus amigos. La particularidad era que estaba construida sobre una gran plataforma giratoria, lo que significaba que desde cualquier dependencia, en cualquier momento se podía cambiar de panorámica.

En determinados momentos se veían los parques y el mar, o bien se veía Los Ángeles y Long Beach, o el bosque... o bien se podía ver la piscina, a la cual se podía saltar en un momento dado desde cualquiera de las habitaciones de la sorprendente casa, tan sólo esperando que dicha habitación pasase por delante de la piscina de aguas azuladas que refulgían al sol.

En el momento en que Malcom Shanon entraba en una de las lujosas habitaciones de la extraordinaria casa, ésta pasaba justamente por delante de la pista de tenis y solárium.

Dentro de la habitación, una bellísima muchacha que estaba completamente desnuda se volvió dando un grito, y se quedó mirando con el ceño fruncido a su visitante.

—¡Vaya susto me has dado, tonto! —exclamó.

—¿Tan feo soy? —sonrió Malcom Shanon—. Me pareció que habíamos quedado que yo era muchísimo más guapo que Robert Redford.

—Puede que lo seas —refunfuñó ella—. Pero lo cierto es que Robert Redford no

viene a sorprenderme a mi habitación cuando estoy desnuda.

—Todo eso que se pierde Robert Redford —sonrió Malcom, acercándose—. Por otra parte, ésta no es tu habitación. Todavía eres aquí una invitada, querida.

—Eres el tipo más fresco que he conocido en mi vida. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros y dices que solamente soy una invitada.

—Pero una invitada de honor, eso sí —murmuró Shanon, rodeando con sus brazos la esbeltísima cintura de la muchacha—. Tan de honor que vas a ascender todavía más de categoría. ¿Te parece que aprovechemos la presentación de la casa para presentar también a la futura señora Shanon?

—¡Oh, Malcom! —Dio un ridículo gritito de alegría la muchacha.

—¿Eso quiere decir que sí o que no? —sonrió él.

—Quiere decir que sí, naturalm...

Ya no pudo decir nada más, porque la boca de Malcom Shanon cayó sobre sus sonrosados labios, tiernos y gorditos, y se inició allí un beso cuya duración seguramente habría sido mucho más larga si Melanie no hubiese estado desnuda. Debido a esto, Malcom Shanon se separó pronto de ella, y refunfuñó:

—A mí me parece que todas las veces que te encuentro así lo haces a propósito.

—¿Por qué piensas eso? —rió dulcemente la muchacha.

—Pues lo pienso —continuó refunfuñando Shanon, acariciando con sus manazas las turgentes formas de ella—. Porque ya es casualidad que cada vez que entro estás a punto de vestirte. ¿Cuándo te encontraré ya vestida?

—Pues supongo —volvió a reír Melanie— que eso sucederá cuando ya llevemos muchos años de casados y los dos estemos viejecitos. Mientras tanto...

—Sí. Mientras tanto te pasas el día provocándome. Y a mí ya sabes que no me provoca nadie sin llevarse su merecido.

—Oh, no —gimió Melanie—. ¡Otra vez hoy no, Malcom!

—¿Por qué no? Los invitados están abajo criticándome que no quiera decirles el nombre del arquitecto de la casa, y empezando a consumir champaña y canapés como si fuesen máquinas devoradoras. Estoy seguro de que quince minutos más o menos de nuestra compañía no resolverá la felicidad de sus vidas... y en cambio contribuirá a la nuestra.

—Eres terrible —suspiró Melanie—. ¡Absolutamente terrible, Malcom!

—Lo sé —aceptó él, comenzando a besar el cuello de Melanie y descendiendo lentamente hacia el pecho.

Y mientras tanto, Malcom Shanon, que era un hombre terriblemente polifacético, hábil y gran conservador del equilibrio, se las arregló para ir llevando a Melanie hacia la fantástica cama de la lujosísima habitación.

En el momento en que besaba de nuevo los labios de Melanie, la panorámica desde la habitación era la del refulgente mar azul, que se veía por encima de pinos y flores.

Cuando volvió a verse el mar, después de no pocas vueltas de la fantástica casa,

Malcom Shanon acarició con un dedito las tiernas formas de la muchacha que yacía a su lado, y preguntó:

—¿Sigo pareciéndote terrible?

—Sí —suspiró ella—. Terrible y maravilloso, Malcom.

—Así me gusta. Que seas una chica inteligente y con buen gusto. ¿Seguro que te gusta más que Robert Redford?

—Un millón de millones de veces más, amor mío.

—Te has ganado que hoy anuncie nuestro compromiso formal y nuestra inminentísima boda. ¿Te parece bien mañana?

—¡Oh, Malcom! —Volvió a dar un agudo gritito Melanie.

—Supongo que eso quiere decir que sí. De acuerdo. Entonces comienza a vestirme y...

En aquel momento sonó la llamada a la puerta de la habitación que Melanie tenía destinada en la casa de su futuro marido. Tan futuro, que de acuerdo a las últimas palabras de éste, solo faltaban veinticuatro horas para ello. Una sorpresa que en modo alguno desagradaba a la bellísima y dulce Melanie.

—Han llamado a la puerta —dijo ésta, con gesto lleno de picardía.

—Bueno... Lo malo hubiera sido que hubiesen decidido entrar aquí sin llamar. Será mejor que te decidas a vestirme.

—Y tú también —rió ella.

—Lo haremos los dos al mismo tiempo. Pero tú empieza mientras yo voy a ver quién es y qué demonios quiere.

Malcom Shanon saltó de la cama, fue a abrir la puerta de la habitación colocándose a un lado de modo que sólo se veía una parte de su rostro, y frunció el ceño al ver en el pasillo a su mayordomo, que no podía estar más impávido.

—¿Qué ocurre, Paul? —masculló Shanon.

—Los invitados se han dado cuenta de su ausencia, señor, y me parece que se disponen a emprender una búsqueda de usted y de la señorita Melanie por toda la casa.

—¡Maldita sea! Está bien, querido Paul, haz lo posible por entretenerlos aunque sólo sea cinco o seis minutos. Nos las arreglaremos con ese tiempo.

—Sí, señor —sonrió el veterano mayordomo cariñosamente—. Además, tiene usted una visita que me permito considerar seria, señor.

—¿Una visita seria para mí?

—Así es, señor. Es un hombre que asegura no tener necesidad de dar nombre alguno para que usted lo reciba. Solamente ha dicho que acaba de llegar en vuelo especial desde Washington, señor.

Malcom Shanon quedó súbitamente serio. Su expresión cambió completamente. Asintió con un gesto, y su voz fue rápida y un tanto tensa:

—Vuelve inmediatamente junto a ese caballero y dile que me reúno con él en cinco minutos. Que me espere en el despacho y que nadie entre allí y nadie nos

moleste mientras los dos estamos conversando. Nadie y por ningún concepto, Paul. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Malcom cerró la puerta, y se volvió. Melanie, que lo estaba mirando ya de pie junto al abierto armario, donde la había sorprendido él al llegar, le miraba fijamente, pero Malcom no parecía reparar en ello.

—¿Qué ocurre, querido?

La mirada del astro cinematográfico pareció saltar hacia Melanie. Luego, una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Tengo una visita por completo inesperada. No voy a tener más remedio que atenderla, mi amor. Si tardo un poco más te ruego que te las arregles para entretener a nuestros invitados. ¿De acuerdo?

—Claro que sí.

—Gracias, bellísima.

Se acercó a ella, le dio un besito aquí y otro allí, y procedió a vestirse rápidamente.

Cinco minutos más tarde, Malcom Shanon entraba en su despacho privadísimo, y el hombre que estaba apoltronado en uno de los sillones y fumándose uno de los cigarros que el actor cinematográfico recibía directamente de Cuba, se quedó mirándolo apaciblemente con sus claros ojos inexpresivos.

—Celebro verle, Shanon —saludó el hombre—. Estos cigarros son magníficos.

—Me alegro que le gusten, señor. Naturalmente, si tanto le gustan, voy a tener el placer de regalarle una caja.

—No, no; a mi edad las cosas buenas hay que saborearlas espaciadamente, y no en una cantidad abrumadora. Naturalmente, puede usted sentarse, Octopus... Exactamente como si estuviera en su casa.

Malcom Shanon sonrió, fue a sentarse tras la mesa de su despacho, encendió para sí uno de los magníficos cigarros habanos, y se quedó mirando al hombre. Éste, ciertamente, no necesitaba ninguna clase de presentación para él. Era Lattuada, el hombre que desde a central de la CIA en Washington dirigía a los agentes secretos especialísimos, con que el organismo de espionaje y contraespionaje americano afrontaba las misiones más extraordinarias en cualquier parte del mundo.

Y uno de esos agentes especialísimos era el actor cinematográfico Malcom Shanon... conocido en los medios del espionaje internacional simplemente con el nombre de Octopus.

—No pretendo ser descortés, señor... —murmuró Shanon—, pero tengo la casa llena de invitados que se van a lanzar en mi búsqueda de un momento a otro, por mucho que intenten retenerlos mi prometida y mi mayordomo. Mucho me temo que pueden llegar a sorprendernos aquí... lo que quizá a usted no le causaría precisamente satisfacción.

—Lo entiendo —asintió Lattuada—. De acuerdo, Octopus. Vamos a pasar

directamente al asunto, y luego me esfumaré discretamente; tan discretamente como he venido desde Washington para hablar con usted. No he querido intermediarios en esta ocasión, aunque como es habitual sí encontrará usted un intermediario que le estará esperando en Venecia.

—¡Caramba, Venecia! —sonrió divertido Malcom Shanon—. Bueno, me parece que éste es un lugar muy apropiado para enviar al agente Octopus, señor.

—Sí —sonrió Lattuada—, es bueno ser un pulpo cuando uno es enviado a un lugar donde hay tanta agua. De acuerdo, Shanon. ¿Vamos al grano?

—Se lo ruego, señor.

—Vamos a ver si consigo explicarle lo que sabemos con un cierto orden. Nosotros, hace un tiempo, capturamos a dos espías soviéticos que estaban operando en Europa. Esos dos espías fueron enviados a Estados Unidos, y aquí descubrimos que anteriormente habían hecho también algunas operaciones de relativa importancia en territorio norteamericano. En estos momentos, los dos hombres están prisioneros en una de nuestras cárceles especiales.

—¿Mataron a alguno de los nuestros, señor?

—No. Que se sepa, ninguno de los dos cometió delito de sangre alguno... Simplemente, realizaban un trabajo de espionaje como los que realiza usted cuando es enviado por la CIA.

—Entiendo, señor. ¿Qué más?

—Bien, así las cosas, ya con esos dos rusos prisioneros nuestros, uno de nuestros hombres en Rusia recibió de pronto una oferta por parte de una mujer llamada Olga Baarova, una científica especializada en entomología, respecto a hacer un canje en beneficio de los dos prisioneros rusos.

—¿Quiere usted decir que una entomóloga se puso en contacto con un agente de la CIA?

—Así es. Nosotros suponemos que Olga Baarova tenía ciertos conocimientos o pistas de los nuestros precisamente porque los dos espías rusos que tenemos en nuestro poder son su marido y su padre. Lo que implica que Olga Baarova, en determinado momento, pudiese escuchar conversaciones entre ellos al respecto.

—Entiendo, sí. Es perfectamente posible.

—Posible y suponemos que real. Pues bien... la Baarova, a cambio de la libertad de su padre y su marido, ya digo que en una especie de canje, nos ha ofrecido unos importantísimos documentos que parece considerar vitales, aunque quizá haya exagerado. Se entiende documentos vitales en caso de guerra. La CIA, naturalmente, hizo sus cálculos, y llegamos a la conclusión de que soltar a Baarova y a Bohdasky, padre y esposo de la entomóloga respectivamente, a cambio de esos documentos, era un gran negocio. Aceptamos, pues, las condiciones de Olga Baarova.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Pues ha ocurrido que convinimos con ella en que sería abordada en el tren Milán-Venecia por una de nuestras agentes europeas, una muchacha muy inteligente

llamada Ivonne Bray, que estaba operando precisamente en Milán. Ivonne Bray debía tomar el mismo tren que la Baarova, relacionarse con ella, acompañarla hasta Venecia, y allí ponerla en manos de dos de nuestros hombres de esa ciudad, que se encargarían de ponerla camino a Estados Unidos, donde Olga Baarova se reuniría con, su padre y su marido. Mientras tanto, por su parte, Ivonne Bray habría emprendido viaje por otra parte para traernos a nosotros el material ofrecido por Olga Baarova. Y... Bueno, Ivonne Bray ha sido hallada asesinada en su casa de Milán. Parece ser que la atacaron por detrás, clavándole un punzón en la nuca. En cuanto a Olga Baarova, fue hallada, también muerta de un golpe de punzón en pleno corazón, en uno de los lavabos del tren que hacía el recorrido Milán-Venecia.

Malcom Shanon, que en modo alguno parecía ya el simpático, atolondrado y divertidísimo actor, famoso por sus desenfadadas películas, asintió con un gesto. Durante unos segundos estuvo mirando fijamente el humo de su cigarro. Por fin, volvió a mirar a Lattuada.

—No debió usted molestarse en venir desde Washington sólo para decirme eso, señor. Cualquiera enlace que me hubiese facilitado esa misma noticia, me habría puesto igualmente en marcha hacia Venecia.

—Preferí venir yo, porque hacía algunos meses que no nos veíamos... —sonrió secamente Lattuada—, y porque, de todos modos, dentro de un par de días tenía proyectado venir a Los Ángeles para una reunión de la CIA en el Pacífico.

—¡Ah, bien! Partiré inmediatamente hacia Venecia, por supuesto. Supongo que, como siempre, me estará esperando alguien allí, para ponerme en órbita inicialmente.

—Pues sí —sonrió de nuevo extrañamente Lattuada—. Naturalmente, le está esperando allí el enlace que nosotros llamamos V-01. V de Venecia y 01 porque actualmente ocupa el primer lugar en nuestros dispositivos de control en esa zona del país italiano.

—Entiendo, señor. ¿Quién es ese enlace? Quiero decir, ¿cuál es su nombre?

—Fiorella —murmuró Lattuada—. Simplemente, su vieja y querida amiga Fiorella.

—Me gustará volver a ver a Fiorella —sonrió Malcom Shanon—. ¿Ella sabe cosas más concretas sobre todo este asunto y sobre los documentos que pensaba entregar esa entomóloga rusa llamada Olga Baarova?

—No sabemos absolutamente nada sobre esos documentos, ya que considerábamos inminente su posesión y, consecuentemente, habrían sido estudiados luego de modo exhaustivo. En fin, Octopus, váyase a Venecia, póngase en contacto con su querida amiga Fiorella, y vea de poner un poco en orden todos estos sucesos acaecidos allá últimamente. Por supuesto, esperamos de su reconocida y eterna eficacia que, aparte de demostrar el disgusto de la CIA por el asesinato de uno de sus agentes, recupere usted los documentos que traía la infortunada Olga Baarova.

—Espero poder complacerle, señor. Ya sabe que Octopus nunca deja un trabajo por terminar.

—Lo sé. Y por eso envío a Octopus. Y ahora, debemos despedirnos. No, por favor, no se moleste en acompañarme. Simplemente, cuando regrese de Europa con los documentos, vaya a verme, o si le resulta más cómodo, envíemelos a la central. ¡Adiós, Octopus!

Malcom Shanon se puso en pie, y tendió la mano por encima de la mesa.

—Adiós, señor.

Un apretón de manos, y segundos después Malcom Shanon quedaba solo en su despacho. Se sentó de nuevo y continuó fumando pensativo. Muy pensativo y con una alegre sonrisita en los labios al recordar a la bella Fiorella... Sí, ¡qué hermosa era Fiorella! Lástima que en las actuales circunstancias, y por lealtad tanto a la propia Fiorella como a Melanie, quizá no debería él intimar con la bella italiana como en otras ocasiones. Pero ¡qué demonios! A fin de cuentas, un hombre que va a Venecia a jugarse la vida y es recibido por una bella muchacha...

La puerta del despacho se abrió, y apareció Melanie. Miró a derecha e izquierda, vio que Malcom estaba solo, y tras cerrar la puerta fue a colocarse delante de la mesa.

—¿Qué ocurre, mi amor? Te estamos esperando todos.

—Ya he terminado —susurró el actor-espía—. Voy a reunirme con vosotros inmediatamente, Melanie. Y por supuesto anunciaremos nuestra boda... para dentro de unos cuantos días.

—¡Cómo dentro de unos cuantos días! —exclamó Melanie—. Acabas de decirme hace unos minutos que nos casaríamos mañana.

—Nuestro amor no va a variar porque nos casemos mañana o dentro de una semana, ¿no es así?

—Pues no... Claro que no variará —sonrió Melanie—. Además, tampoco es necesario ni siquiera que nos casemos para seguir amándonos. Pero me gustaría saber a qué es debido este cambio de fecha por tu parte.

—Tengo que marcharme a Venecia. Y lo voy a hacer seguramente esta misma noche.

—¡A Venecia! —exclamó con uno de sus alegres grititos Melanie—. ¡Me parece una magnífica idea, querido! Yo haré mi equipaje rápidamente y así podremos salir cuando gustes...

—No, no —movió la cabeza Malcom—. No lo has entendido, pequeña. Me voy a Venecia... yo solo.

Melanie se quedó mirando al hombre que amaba, primero desconcertada. Luego, de pronto, frunció el ceño.

—¿Por qué quieres ir solo? —murmuró.

—No es que quiera ir solo: es que *debo* ir solo. Y me gustaría que lo comprendieses... Cuando nos conocimos, llegaste a saber perfectamente que Malcom Shanon no es solamente un actor cinematográfico. ¿Tengo que recordarte que, además, soy Octopus?

Melanie palideció. Durante unos segundos estuvo inmóvil, siempre fija su

brillante mirada en los impávidos ojos del agente secretísimo de la CIA.

—Yo tenía la esperanza de que cuando nos casásemos dejarías esa clase de actividades, Malcom.

—No. Lo siento, Melanie, pero no pienso jamás hacer esto. Y no puedes decir que te he estado engañando, que en alguna ocasión te haya prometido o tan sólo insinuado semejante cosa.

—Ya sé que ni siquiera lo has insinuado... pero yo tenía la certeza de que lo harías.

—Lo siento, pero no.

—¿Por qué no?

—Porque me siento más útil a mi patria siendo el agente Octopus que el actor Malcom Shanon. Por lo tanto, en cuanto la fiesta termine, prepararé mis cosas y saldré sólo hacia Venecia.

—¿Te niegas rotundamente a llevarme contigo?

—Rotundamente —asintió muy serio Shanon—. Sin embargo, como es lógico, te quedarás en esta casa, y en cuanto termine el trabajo que tengo que realizar en Venecia, te avisaré para que vengas a reunirme conmigo.

—¿Y si te matan? —preguntó abruptamente Melanie.

—No seas gafe —sonrió Malcom—. No hay nadie en el mundo capaz de cazar al agente Octopus.

—Malcom... —dijo lentamente Melanie, con un tono grave y serio que alertó al agente de la CIA—. Te lo voy a decir sólo de una vez, pero de verdad. Yo estaba convencida que cuando nos casásemos y, naturalmente, tuviésemos hijos, abandonarías esa clase de vida. Si no estás dispuesto a hacerlo ahora ni nunca, creo que es mejor que... dejemos correr todo nuestro asunto amoroso y matrimonial.

Malcom Shanon se puso en pie, siempre mirando fijamente a Melanie, y dijo:

—Partiré esta noche hacia Venecia. Cuando termine mi trabajo te enviaré un aviso diciéndote que te espero en una góndola. Que quieras o no quieras venir, mi amor, ya es exclusivamente cuenta tuya.

CAPÍTULO II

Una góndola con carroza que pasa; un suave deslizarse por las aguas del Gran Canal, la «S» que divide Venecia en dos zonas; chapoteo de los remos, una voz que resuena entre los palacios barrocos:

—... estilos románico, bizantino, árabe y... veneciano. Palacios barrocos, de gran estilo. Ca D'Óro, la iglesia de Santa María della Salute; el palacio de Ca'Molin, donde vivió Petrarca. Palacios de Farsetti, Loredan y Da Mosto. El puente de Rialto, de una pieza de mármol, comunica, salvando el gran canal, la isla de San Marcos con el antiguo barrio de Rialto. Junto a estas maravillas, duele... sí, duele tener que decir que existe otra Venecia, de cara desconocida. Una Venecia de calles tan estrechas, que tres personas, en fila, apenas pasan; esas calles merecen, aunque pese, el nombre de lóbregas...

El gondolero hizo una pausa.

Los remos seguían su chapoteo suave; la góndola con carroza se deslizaba sobre las aguas; alguien, en el interior de la carroza, parecía escuchar...

—Decíamos que algunas calles de la Venecia antigua son en realidad apenas pasillos siempre húmedos. Y ahora, pasamos por el puente de los Suspiros. El Palacio Ducal a la derecha, y la prisión a la izquierda. Desde el palacio, los reos eran conducidos a la prisión...

Se oyó una voz algo fastidiada:

—Oiga, amigo, más o menos conocemos lo fascinante de esas historias, pero nos disgusta lo lóbrego. Así que deje las explicaciones, y cante. Para eso estamos en Venecia.

Y corrieron la cortina de la carroza.

El gondolero, impávido, empezó a cantar; a él lo mismo le daba. Quien paga, manda. Y con voz más o menos aceptable, inició la estrofa:

De la alta nube, lejana bajó un niño a Venecia.

Y en la ciudad se quedó, pues el niño era el amor.

Por supuesto, nadie escuchaba. En la soledad de la carroza, en aquel plácido y cómodo rincón de la góndola, un hombre y una mujer se besaban. Un beso que duró toda la estrofa. Luego, Malcom Shanon se separó un poco de la bellísima Fiorella, que había cerrado los ojos y suspiraba. Malcolm murmuró:

—Sería imperdonable no haberte besado pasando bajo el puente de Los Suspiros, Fiorella...

—Sí, amor... Nunca te lo hubiese perdonado.

—Lo sé. Pero, Fiorella, desde la última vez que nos vimos algo ha cambiado. Debo decirte...

—Ya sé que Venecia ha cambiado, Malcom. Hoy, sólo los turistas cursis utilizan las góndolas con carroza. Hoy, los canales se recorren con lanchas de motor... Claro que los gondoleros aún saben explotar la cursilería.

—Me parece muy bien, ya que se trata de un defecto ridículo, estúpido —sonrió Malcom—. Pero espero que no estés pensando que ése es nuestro caso, V-01.

—No, no... Aquí todo es muy discreto; podremos hablar con absoluta tranquilidad. Veo que no quieres perder ya más tiempo. Ni siquiera estando a mi lado...

Hablaban en susurros; las bocas casi pegadas. El gondolero seguía cantando estrofas cálidas, de amor.

—Adelante, Fiorella. No creo que te molesten las estrofas del gondolero.

—No. Lo mío, Malcom, es hablarte de pistas. Digamos que he trillado un poco esas pistas, las he recorrido, comprobado, verificado. Es decir, no voy a lanzarte a ciegas, pero tampoco puedo ayudarte en exceso, puesto que son muchas cosas las que ignoro. Como sea, empezaré por decirte que, quizá por azar, en esas pistas se ha cruzado un... no voy a decir desertor, porque le echaron... Me refiero a un científico de la NASA, que quedó sin empleo a raíz del reajuste efectuado por la NASA. Muchos de los despedidos se quedaron en el país, en empleos de empresa particulares. Otros encajaron mal el despido, pero la cosa no pasó a mayores. En Venecia hay uno, llamado Walter Compton, que... desertó; abandonó el país, se instaló aquí y, que yo sepa, no trabaja. No trabaja, pero, no obstante, vive magníficamente. ¿Te sugiere eso algo?

Malcom miraba el bonito perfil de Fiorella, pero parecía muy lejos de aquella belleza excepcional del agente V-01.

—Sugiere muchas cosas, en efecto —murmuró.

—Pero quieres que las diga yo —sonrió ella—. De acuerdo. Sospecho que abandonó la NASA y el país con una buena provisión de secretos, que ha estado vendiendo, explotando; lo cual, a mi entender, y visto lo que rodea a Compton, le ha proporcionado importantes beneficios. A ese hombre, ¿le aplicarías el calificativo de traidor?

—Desde luego.

—Ése es Walter Compton, entonces.

—¿Tiene relación con el asunto Baarova? —inquirió Octopus.

—Puede tenerla. Vigilando a Compton, se produjo cierto movimiento, que pude captar. Un movimiento simultáneo a la muerte de Ivonne Bray en Milán, y a la desaparición de Olga Baarova. Compton ha tomado parte en ese movimiento; lo que no puedo decirte es en qué medida, aunque no debemos olvidar que Compton es un científico. En torno a Compton se ha movido un tal Dello Jolio. Y he descubierto buenas relaciones entre ese Dello Jolio y Compton. Atando cabos: los dos hombres

mencionados pudieran estar implicados en el *affaire* de la Baarova. Consecuentemente, en el asesinato de Ivonne Bray. Ahora bien, por más que me he esforzado, no he conseguido penetrar en la villa de Dello Jolio. Es difícil, muy difícil. Y esto es casi todo... Lo siento, Malcom; sólo puedo proporcionarte esos dos nombres, las señas correspondientes, y unas sospechas razonables de su participación en el asunto.

Malcom asintió con un gesto.

—Parece que de Compton sabemos lo suficiente. Ahora, dime quién es Dello Jolio.

—Es un hombre inquieto, al parecer. Empezó de la nada, y ahora mueve en el puerto de Venecia gran cantidad de asuntos. Sería muy difícil para nosotros precisar hasta qué punto esos negocios son sucios o limpios. Como te he dicho, no debe ser ajeno a las transacciones que Compton haya realizado con secretos que se llevó de la NASA. Por tanto, se deduce que Dello Jolio, como sea, está metido en el mundillo del espionaje. Lo demuestra su posible relación con lo de Olga Baarova.

—¿Para quién trabaja?

—Yo diría que tiene organización propia, aunque no puedo confirmarte ese extremo.

No he visto agente alguno merodeando en torno a él; quiero decir que no he visto rusos, o chinos, o de otras nacionalidades. Y el hecho de que no se hayan presentado aquí agentes del KGB de Moscú quiere decir que hacen las cosas bien, y en Rusia no se han enterado del robo de que fueron objeto por parte de la Baarova. Eso, en cierto modo, será una ventaja para ti, ya que tus enemigos únicos serán Compton y Dello Jolio.

—¿Dónde vive? —inquirió Malcom.

—Dello Jolio tiene una hermosa y extensa villa en la falda de una colina, a pocos kilómetros del puente de la Libertad; en tierra firme, claro. Es una villa lujosa, y sorprendente en algunos extremos, pero no creo que aquí debamos discutir sobre gustos en cuestión de jardinería. Vive con varias personas, de entre las que destaca, a mi entender, Isabella Dello Jolio.

—¿Esposa?

—Así parece. Es una mujer reflexiva, sobria, que se mueve poco. Podría ser una enemiga peligrosa. Los demás, carne de horca.

—Para suplantar a Ivonne Bray, tuvo que actuar una mujer, Fiorella —dijo Octopus—. ¿Pudo ser Isabella Dello Jolio?

—Lo dudo. En cambio, hay en la villa otra mujer, más joven y atractiva, que muy bien podría ser capaz de acciones de ese tipo.

—Ahora dame las señas de Compton.

—Es más fácil de localizar. Vive en Corso Paolo; una de sus ventanas da al canal... a uno de los cuatrocientos diez canales de Venecia. Cuando quieras, te guiaré.

—No es necesario. Corso Paolo, de acuerdo.

—¿Vas a empezar por ahí?

—Voy a construir la casa desde los cimientos... Es decir, a destruirla, si no tienes nada que oponer. ¿Te parece que te deje ya en la plaza de San Marcos?

—¡Qué remedio! ¿Me necesitarás, Malcom?

—No. Gracias por todo, Fiorella.

—¿Eso significa que me envías a Roma?

—Significa que aquí nos separamos.

—Lo entiendo —consiguió sonreír Fiorella—. Pero... ¿ahora?

—Ahora mismo.

La sonrisa de Fiorella estuvo mucho menos lograda esta vez.

—Bien —murmuró—. Supongo que los años no pasan en balde.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Shanon.

—Quiero decir, simplemente, que debo estar mucho más fea... y más vieja que la última vez que nos vimos. Si no recuerdo mal... y no recuerdo mal, porque mi memoria es muy buena para estas cosas, la última vez que nos vimos no nos despedimos así... Decididamente, debo estar mucho más vieja.

—No digas tonterías... Eres una de las mujeres más hermosas y deseables que he conocido en mi vida, Fiorella.

—Una de las más... Pero no la MÁS. ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—La vida cambia... —murmuró Octopus—. Lo siento.

—La vida no cambia —murmuró también Fiorella—. La vida es siempre la misma, siempre igual. Quienes cambiamos somos las personas, Malcom.

—Yo nunca cambio, siempre soy el mismo.

—Lo que significa que lo nuestro no fue realmente lo que yo quisiera que hubiese sido.

—Fiorella...

—Por favor, no te violentes. No tengo derecho a ponerte en esta situación, Malcom. Dices que soy una de las mujeres más hermosas y deseables que has conocido en tu vida. Y te creo... y te agradezco esas palabras. En cuanto a mí, tampoco voy a negar que has sido para mí un hombre... especial. Digamos que has sido... el hombre. Como suele decirse: después de ti, el diluvio.

—Se dice «después de mí, el diluvio». O sea, que primero que nadie estás tú misma, Fiorella. La vida sigue.

—Sí... —susurró la italiana—. La vida sigue. Pero no como yo lo había soñado. Entiendo perfectamente que a partir de ahora yo sólo soy la agente V-01, y tú el agente Octopus. ¿Conozco a la otra mujer?

—Lo malo de tratar con espías —susurró Octopus— es que no hay manera de engañarlos.

—¡Pero si es tan fácil...! Normalmente, en una situación como ésta el agente Octopus se habría convertido en dueño y señor de la agente V-01. Yo habría sido feliz

entregándome a ti, convirtiéndome en una... posesión tuya. Conociéndote cómo te conozco, interpreto que hay ahora algo muy importante en tu vida. ¿Conozco o no a la afortunada?

—No... Pero quizá llegues a conocerla, Fiorella, porque le dije... le dije cuándo nos despedimos que si entendía lo que era yo, y lo que quería ser para el resto de mis días, tendría que venir a Venecia para reunirse conmigo. Le dije «en mi góndola te espero»... Pero no sé si vendrá.

—Vendrá... —Apenas se oyó la voz de Fiorella—. En contra de la opinión de muchos hombres, no hay ninguna mujer en el mundo tan tonta como para dejar de reunirse con Octopus en una góndola. Pero si no viene... llámame. Mientras tanto, V-01 sigue a disposición de Octopus... para lo que éste guste mandar.

Octopus besó suavemente los labios de V-01, que notó fríos y rígidos.

—Gracias por todo, Fiorella.

* * *

Claro, el famoso actor cinematográfico Malcom Shanon se alojó en el Excelsior, en Lido, ocupando tres *suites* de la segunda planta. El motivo de ocupar tanto espacio era razonable, habida cuenta de que aquella misma tarde llegaron al hotel Perla Conway, la *manager* del actor, tres mecanógrafas, y dos *public relations* de la productora cinematográfica que tenía contratado en exclusiva al famosísimo Malcom Shanon, «uno de los hombres más atractivos del planeta Tierra».

A partir de ese momento, comenzaron a flotar en el ambiente las más dispares opiniones respecto a la presencia de Shanon en el viejo continente, y, especialmente, en la vieja Venecia. Por supuesto, gran cantidad de periodistas de la prensa especializada, se congregó en el vestíbulo del Lido, y, en vista de que no era posible «cazar» a Malcom Shanon, la emprendieron con Perla Conway, la hermosa *manager* que regía los destinos profesionales del guapo actor.

Perla Conway era una mujer de casi cuarenta años, dinámica, eficaz, siempre sonriente, de nervios inalterables. Por supuesto, no habían dejado de circular suposiciones acerca de un entendimiento entre ella y Malcom Shanon bastante más personal que las simples relaciones de negocios con un porcentaje de por medio. Verdad o mentira, como *manager* Perla Conway era insustituible. Elegante, sobria, inteligente, astuta, simpática, mundana... era, en suma, la compañera idónea para los desplazamientos de Malcom Shanon por todo el mundo. Es decir... la compañera más adecuada para apoyar, como enlace de contactos de emergencia, nada menos que al agente Octopus. Sin duda alguna, muchas personas habrían quedado desmayadas del pasmo si se les hubiese informado que la bellísima Perla Conway era, en realidad, algo así como una computadora de la CIA puesta al servicio directo del más eficaz agente secreto norteamericano de los últimos tiempos.

Pero esto, naturalmente, lo sabían muy pocas personas, así que cuando Perla

Conway, tras atender magistralmente a la prensa, se fue a encerrar con su representado artístico, el público podía pensar cualquier cosa de ellos... excepto la realidad.

—¿Alguna dificultad, Perla? —preguntó Malcom.

—En absoluto. No es difícil manejar a las personas, cuando se sabe lo que desean. ¿Viste a V-01?

—Sí.

Fue una respuesta un tanto seca. Inmediatamente, Malcom miró a Perla, que se limitó a sonreír, comprensiva.

—¿Se lo has dicho? Lo de Melanie.

—Creo que te he contestado con estúpida brusquedad —se disculpó Octopus—. Perdóname.

—¡Oh, vamos, Malcom, no seas tonto! Los dos somos espías, y los dos estamos trabajando. Lo único que ocurre es que, como buen compañero, me intereso por tus complicaciones personales... por si puedo ayudarte en algo.

—Te lo agradezco, pero no. Fiorella es muy inteligente, y por lo tanto, muy comprensiva. ¿Ha llegado todo el equipo de cobertura para justificar la presencia de Malcom Shanon en Venecia?

—Sí, naturalmente. Todo está preparado para la operación de distracción. Solamente estoy esperando tus instrucciones.

Malcom estaba aplastando la colilla en el cenicero, y empezó:

—Dicta a las mecanógrafas una carta en el siguiente sentido: Se trata de salvar Venecia. Todo el mundo sabe que Venecia se hunde. Es archisabido que la vieja ciudad quedará, si no se adoptan medidas urgentes, sepultada en el agua de los canales. Los muros están socavados, el agua lo erosiona todo, puede con todo... Son ya muchos años, desde el 412, que Venecia, en su primitiva estructura, soporta el embate de las mareas, de las inundaciones en invierno, cuando sopla viento del Norte, de manera especial. Entonces, la plaza de San Marcos incluso queda inundada. Hay que atravesarla en lancha o góndola, y las palomas huyen... Bien, a todo eso, convenientemente especificado, dándole un tono... romántico, hay que agregar algo que podría ser casi una súplica: salvar Venecia.

—¿De veras te propones salvar Venecia, Malcom?

—Si pudiera, lo haría, Perla —cortó Malcom—. No obstante, sé que muy poco puedo hacer, y lo lamento. La carta va a justificar mi estancia aquí. Pero hay más. Cada carta, original, será remitida a los personajes más importantes de Venecia. Más o menos en estos términos: Malcom Shanon le convoca a usted para intentar salvar Venecia. Usted ha sido seleccionado para formar parte de la Comisión Salvadora de Venecia... Etcétera, etcétera. Arréglalo a tu gusto.

—Entendido, Malcom.

—Entre esos... personajes no olvides incluir a los que para mí son más importantes: Carlo e Isabella Dello Jolio.

—Bueno, empiezo a comprender —sonrió Perla—. Lo montas para ellos. Y, como ya has dicho, para justificar tu estancia aquí.

—Y, si puedo, para que de Venecia solo se hundan los Dello Jolio —rezongó Malcom—. Todas esas cartas han de salir prácticamente de inmediato. Los *public relations* que has traído que se ocupen de la selección de personajes. A ti te basta incluir a los Dello Jolio.

—¿Y una vez enviadas las cartas?

—Entonces, secretarias y *public relations* pasarán las horas al teléfono, insistiendo a la gente convocada, dando explicaciones, suplicando, invitando... Malcom Shanon ofrecerá una gran recepción, mañana por la noche.

—¿No es muy precipitado?

—Envía las cartas a mano. Mensajeros del hotel, o de donde sean. Otra cosa: periodistas. Ocúpate de hacer saber a los periodistas que Shanon convoca esta reunión, como última esperanza para salvar Venecia. No faltará uno solo. ¿Todo comprendido? ¿Repito algo? ¿Ves algún punto oscuro?

—No, no... Hasta aquí, sin dificultades. Los salones que alquile para la recepción estarán repletos de personajes: eso te lo garantizo.

—Es suficiente, entonces.

—Otra cosa... ¿Hablará alguno de nuestros *public relations*, o lo harás tú?

—Yo. Yo me dirigiré a la gente, cuando el champaña haya corrido de modo generoso. Perla, empezad a trabajar. Lo siento por las chicas, pero de Venecia se van a llevar un recuerdo de grandes cantidades de trabajo.

Perla esbozó una sonrisa.

—No creo que eso las moleste; están encantadas —dijo—. Y... ¿qué vas a hacer tú esta noche?

—Saldré. Si alguien quisiera verme, no estoy. Que nadie me moleste. Debo concentrarme en mis asuntos, en esta operación de... salvamento. Y olvidaba decirte algo: puedes comentar que quiero salvar Venecia para todos, pero... con miras un poco egoístas, ya que quiero construirme cerca de la ciudad una casa con plataforma giratoria, como la que tengo en la isla de Santa Catalina. Describe esa casa a gente y periodistas. No pases por alto ningún detalle.

—No temas. ¿Algo más?

—Ah, sí... Haz correr el rumor de que si no se llegara a un acuerdo en esta convocatoria, en esta reunión, pienso ser el primero en hacer una oferta al Ayuntamiento de Venecia.

—¿Una oferta? ¿A qué te refieres?

—Pues que adquiriría, o sería el primero en obtener la opción del puente de Rialto, y el puente de los Suspiros, en bloque. Los adquiriría a buen precio; en bloque. Dilo así. Para mí.

—¿No exageras?

Malcom sonrió levemente.

—Un poco —dijo—. Hasta luego. Cuando regrese, dame cuenta de cómo va el trabajo.

* * *

El gondolero parecía lleno de pereza. Era un tipo vestido de oscuro, que movía el remo apenas, haciendo avanzar con lentitud y suavidad la góndola.

Un gondolero solitario, que ni cantaba, ni explicaba a nadie la historia de Venecia, ni la del primer *dux*, Pablo Lucio Anafesto. Un tipo que sólo se dedicaba a observar las ventanas de la margen derecha de aquel estrecho canal que acababa de tomar.

Ventanas góticas, o románicas, o bizantinas...

Los remos, por fin, dejaron de chapotear.

El gondolero los abandonó, y dejó que la góndola se deslizara hacia una de aquellas paredes, observando atentamente el terreno, los relieves de aquella pared, y la ventana a oscuras.

Fiorella había tenido razón: era accesible.

La góndola, instantes más tarde, quedaba a solas, mientras que un hombre vestido de oscuro, difícilmente visible, trepaba por los relieves con aparente facilidad; tanta como la araña por su tela... Y llegó a la ventana. Probó con un simple empujón, pero tendría que emplear algún instrumento. Nada complicado: algo que hiciera saltar la falleba del interior...

Luego sí, ya pudo saltar al interior de la casa. Cerró las ventanas, y quedó a oscuras.

Y en el silencio del canal, de la propia casa, fue captando algo: voces... Estaba seguro de que oía una voz; una sola. Por consiguiente, había que deducir que quien hablase lo hacía por teléfono.

Malcom decidió por fin salir de aquel cuarto. Había un corredor con arcos, y un distribuidor... En una pieza, que parecía modernizada, como el conjunto interior de la casa, que sólo conservaba de antiguo la fachada del canal, había luz. Desde allí hablaban...

El oído de Malcom, instantes más tarde, estaba pegado a la madera de la puerta.

—... Lo tengo muy en cuenta, Dello Jolio —sonaba la voz, un tanto áspera—. En cambio, usted, al parecer, olvida que no estamos buscando un peón caminero, sino a alguien importante, a alguien que en su terreno sea excepcional. Yo conozco gente, sí, pero está lejos de aquí, y no es seguro que quieran participar... ¿Qué dice?

Ahora, escuchaba; le dijeron algo tranquilizador, al parecer, ya que su voz sonó luego más calmada:

—Está bien, sí... Comprendo que la demora puede dar lugar a dificultades, pero repito que sigo buscando. Y hay algo más; se puede hallar a un hombre que posea esos conocimientos, pero no todos están dispuestos a pasarse al enemigo. Pero me preocupo, Dello Jolio. Y lo hallaré. Adiós.

CAPÍTULO III

Despacio, pensativo, Walter Compton colgó el teléfono. En realidad, se encontraba en una posición difícil. No podía acudir a colegas americanos, que era a quienes mejor conocía, por la sencilla razón de que era como delatarse.

Probablemente la solución estuviera en Alemania; quizá resolviera su problema un viaje a Berlín, para introducirse en círculos científicos. O quizá, tras el Telón de Acero. No todos los científicos rusos mostraban conformidad con su suerte...

En fin, reflexionaría. Era ya un poco tarde, y se sentía cansado.

A sus cincuenta y cuatro años, Compton era un tipo grande, alto, cargado de espaldas, torpe de movimientos; llevaba gruesas gafas, y su cabellera era abundante y revuelta.

Pensativo, había llegado ante la puerta, que abrió...

Durante unos segundos no supo qué hacer ni pensar, al hallarse frente a aquel gigante vestido de oscuro, un coloso de rubios cabellos y mirada metálica, acerada, que le observaba fijamente, en absoluto silencio.

—Vuelva adentro, Compton —ordenó el desconocido—. Tenemos que hablar.

—¿Cómo ha entrado? ¿Qué...?

—Por la ventana del canal, pero eso no es importante. He podido oír su conversación con Dello Jolio, y confieso estar muy interesado. No se quede ahí. Entre.

Malcom sólo tuvo que avanzar un paso para que el otro lo retrocediera, y así quedó en el interior de aquel salón recargado, con cortinas granate, tapicería oro en los sillones de estilo antiguo, con un hogar en verdad confortable... si hubiese habido lumbre.

Octopus cerró la puerta. Seguía mirando con terrible fijeza a Compton, quien tenía la impresión de estar disminuyendo de volumen, empequeñeciéndose. Aparte de eso, una luz de incontenible sorpresa estaba apareciendo en sus ojos, muy pequeños tras las gafas de miope. Sorpresa que se tradujo en palabras:

—Le... le reconozco... ¿Quién no ha visto, siquiera de refilón, una fotografía de Malcom Shanon, el actor americano...?

—Siéntese. Y diga: ¿qué busca Dello Jolio?

—Pero ¿usted no es...?

—Basta de eso, Compton. En realidad, hace tiempo que la CIA debió enviar a un ejecutor a por usted. Nunca conviene olvidar a los enemigos, máxime habiendo evidencia de que lo son. Usted ha vendido secretos de la NASA. Imagino que su cliente, quizá socio, es Dello Jolio, pero eso, por ahora, lo dejaremos al margen. Quiero que me diga todo lo que sepa sobre el *affaire* de la Baarova.

Compton estaba palidísimo. Más que sentarse, se dejó caer en el sillón de brazos

de madera, tapizado en oro. La verdad es que para sentir auténtico terror, ni siquiera tenía necesidad de mirar la negra automática alargada por el tubo silenciador que empuñaba Octopus. Bastaba mirar a éste a los ojos...

—Compton, es preferible que hablemos aquí tranquilamente. No me obligue a pasearle por los canales de Venecia. Jamás nadie lo habría pasado tan mal —dijo, secamente, Malcom—. Hábleme de la Baarova.

—¿La... Baarova? No sé exactamente lo que pasó. Dello Jolio me pide la construcción de un control remoto, y tengo que buscarle un técnico adecuado.

—Sea más específico.

—¡No puedo! Dello Jolio, supongo que relacionado con el asunto de esa rusa, necesita expertos en determinados campos. Oceanógrafos, por ejemplo. Un buen oceanógrafo, que me parece que lo tiene ya. Y un experto en proyectiles dirigidos...

—¿Usted no puede ser ese técnico en controles remotos?

—No. No es mi campo.

—¿Y todo eso para qué? —inquirió Malcom.

—Dello Jolio no ha sido muy explícito; parece que se trata de algo muy importante, y no quiere comprometerse hablando demasiado.

—¿Usted ha visto los documentos de la Baarova?

—No...

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto que estoy seguro!

—No obstante, no existe duda que Dello Jolio es el responsable de la desaparición de la entomóloga rusa, y de la muerte de una agente de la CIA llamada Ivonne Bray. Sería mucho suponer que usted hubiese participado en esa acción.

—No; no es lo mío... Y no sé de eso más que, al parecer, Dello Jolio tiene los documentos de que se trate. Shanon, no se me puede acusar de nada con respecto a este asunto... Usted lo sabe. Yo sólo he recibido un par de llamadas de Dello Jolio, urgiéndome para encontrar a un técnico en controles remotos. Y hasta ahora, ni eso he podido hacer... Por consiguiente, estoy apartado de todo esto.

—Lo entiendo, Compton. Debo decirle que usted, aunque no todas, ha aclarado algunas dudas... Me ha hecho un favor, Compton. Voy a pedirle otro.

—¿De qué se trata? Usted... usted es de la CIA, por más que cueste creerlo. Yo he leído sobre usted...

—No siga; lo sé muy bien. Son pequeñas sorpresas que proporciona la CIA de vez en cuando. Pero hablemos sobre el segundo favor que quiero pedirle, Compton. Dígame a Dello Jolio que tiene, por fin, a ese científico especializado en controles remotos. Llámeme por teléfono, y le dice que, por azar, esos maravillosos azares que suelen aparecer en la vida, lo tiene ya. Dígame que es alemán, que se llama Hans Brueberger y que está oculto en un rincón de Torcello.

—Pero... no conozco a nadie que...

—Yo sí le conozco, Compton, y con eso basta...

—¿Quién es Brueberger? Dello Jolio me pedirá más datos.

—Asegure que es de absoluta confianza; que se oculta en la actualidad, en una especie de molino reformado, cerca de Torcello, en el kilómetro seis. Brueberger ya es un tanto viejo, próximo a los sesenta años. Pero sirve, se lo aseguro. Ha trabajado en Estados Unidos y en Alemania. Tuvo contactos con Rusia, pero acabó por desistir, y por eso se oculta ahora. Sólo tiene enemigos. Es, por tanto, un hombre muy cauto, desconfiado, receloso... Pero su eficacia, si le convencen, está garantizada.

Compton, aún tirado en el sillón, estaba obsesionado por la amenaza de Octopus, por su sola presencia ante él.

—No puedo decirle eso... —susurró—. Brueberger puede ser también de la CIA, y...

—Le digo que todos son sus enemigos. Dello Jolio, al parecer, cuenta con organización propia, ¿no es así?

—Sí, sí...

—Entonces, llámele, y háblele de Brueberger. Recuerde: es el favor que le pido. A cambio, ofrezco algo, muy importante para usted: tan pronto usted haya efectuado esa llamada, yo guardaré la pistola.

—Miente... Me matará...

—No vale la pena, si desaparece de Venecia. Usted ha dejado de ser enemigo de consideración.

—¿Y adónde puedo ir? —musitó Compton.

—Eso es cosa suya.

—Se extrañará de que, de pronto, haya dado con el hombre que busca... Quizá recele.

—Diga que lo ha recordado de pronto. Insisto en que muchas cosas ocurren por azar. Usted diga que no tenía en cuenta a Brueberger porque éste es un tipo raro: cascarrabias, temeroso, que ve enemigos por todas partes... Diga que incluso a usted se negó a recibirle hace un par de meses. Pero agregue a todo esto que es el hombre ideal. Ahora mismo, Compton.

Compton se puso en pie y fue hacia el teléfono, pero todavía vacilante.

—¿Y si no me cree? —insistió.

—Usted haga lo que le he dicho.

Compton imaginó un viaje por los canales de Venecia con aquel sorprendente agente de la CIA, y optó por marcar el número de teléfono de Dello Jolio, quien, instantes más tarde, se ponía al aparato. Y Compton tuvo buena memoria: expuso las razones de Shanon como si fueran propias, e insistió en que Brueberger era el hombre que buscaban, aunque no tenía la certeza de que aceptase trabajo alguno... La respuesta de Dello Jolio al respecto fue contundente:

—De eso nos ocupamos nosotros, Compton. Buen trabajo. Hablaremos de nuevo, porque usted tiene un puesto conmigo, ya lo sabe. Le repito mi agradecimiento.

Colgó. Compton también lo hizo. Miró a Malcom Shanon.

—Bien... ¿Guarda la pistola? —susurró.

—Sí, pero luego.

—¿Qué quiere decir con eso de «luego»?

—Quiero decir que no me fío de usted, así que no voy a concederle la menor oportunidad para que escape, o para que me mate a mí. Realmente, Compton, no se puede decir que yo sea un hombre de palabra de oro... ¿Me comprende?

—No... No.

—Estoy tratando de decirle que cualquier promesa que le haya hecho en el sentido de dejarlo escapar, sólo podía ser una mentira. Usted es, simplemente, un traidor. Por resentimiento personal contra la NASA ha estado vendiendo información técnica y científica a otras personas. En los tiempos actuales, considerando que un particular incluso puede llegar a fabricarse en su casa su propia bomba atómica, esto no tiene demasiada importancia en sí. Es poco probable que usted haya podido vender secretos que no sean ya del dominio de los rusos, los chinos y otros muchos... La información vendida importa poco, lo que importa es el hecho de venderla.

—Temo... que todavía no le comprendo.

—No es posible que sea usted tan cretino... —Se congeló la voz de Octopus—. Le estoy diciendo que va usted a venir conmigo, y que le voy a llevar a un lugar desde donde será llevado a Estados Unidos para ser acusado de traición. Porque del mismo modo que ha vendido cosas que quizá no tengan importancia, quizá más adelante vendería una información vital a la que, de un modo u otro, hubiese tenido acceso. Estoy seguro de que esto sí lo entiende. ¿De acuerdo?

—¿Me va a enviar a Estados Unidos para ser juzgado? —musitó Compton, lívido como un cadáver.

—Exactamente. Va a ser un viaje largo; por lo tanto, si tiene algo que quiera llevarse, será mejor que nos ocupemos de ello ahora mismo.

—Sí... Está bien. Está bien...

Walter Compton echó a andar, y Octopus lo siguió. Entraron en un dormitorio, y Compton abrió el armario, sacó una maleta, la puso abierta sobre la cama, y luego comenzó a sacar cosas del armario, que fue introduciendo en la maleta. Cerca de la puerta, Malcom Shanon le observaba, impasible, como distraído, como pensando en cosas más importantes que aquel simple traslado de un traidor... Compton le miraba de reojo. Al sacar un puñado de pañuelos, su mirada quedó como fascinada en la contemplación de la pistola que guardaba en aquel cajoncito. Sacó los pañuelos, se volvió de nuevo hacia el armario... ¿Quería llevarlo a Estados Unidos? Muy bien; ya se vería quién iba a llegar a los Estados Unidos... ¡Y muerto, además!

Empuñó la pistola y se volvió, desencajado el rostro en una mueca de furia, de odio inaudito.

—¡Tú serás quien irá a...!

Plof, plof, disparó dos veces el agente Octopus.

Dos orificios junto a la nariz de Compton, cuyas gafas saltaron por el aire.

Apenas dos taponazos, sin la menor trascendencia en el exterior de aquella estancia, y mucho menos en el curso o el canal. Y el tipo se derrumbó.

Malcom, entonces, guardó la automática bajo el polo oscuro, en el costado izquierdo, murmurando:

—Guardo la pistola; lo prometido es deuda.

Luego, reflexionó unos instantes. Le convenía que el cadáver de Compton no fuese descubierto. Así pues, convenía lastrarlo, y arrojarlo al canal. Manos a la obra. Durante diez minutos, Octopus estuvo dedicado a la operación de convertir a Compton en un fardo. Y la ventana que había servido de acceso a Octopus servía también para la salida del cadáver.

Malcom observó que todo estaba solitario, las aguas quietas; el chapoteo sonaría, pero nadie iba a concederle importancia. Tenía ya el cadáver en el marco de la ventana, y sólo había que empujar. Antes de tocar el agua, casi rozó la góndola detenida bajo la ventana. Luego, desapareció. Con la inmundicia, porque nadie debe pensar que los canales de Venecia son transparentes...

Luego, Octopus se deslizó, para situarse sobre la góndola instantes más tarde. Y a bogar, alejándose, perdiéndose por los cientos de canales, en busca de su punto de partida...

* * *

Se había dispuesto un gran salón en el Excelsior, para aquella extraordinaria reunión, cuyo punto base era Venecia. Una reunión extraoficial, de particulares. Un salón perfectamente iluminado, brillante, con una especie de estrado, incluso, para los voluntarios que quisieran exponer sus opiniones. Había mesas ocupadas por toda la gente invitada, sin excepción. Perla y el equipo de secretarias y *public relations* habían realizado un trabajo perfecto.

Sólo faltaba música, pero Malcom Shanon había entendido que no era una fiesta social, sino una reunión de personajes dispuestos a trabajar en pro de la maravillosa Venecia. No había música, pero sí canapés, y champaña, y otras bebidas.

Las mujeres, bellísimas, todas enjoyadas, elegantísimas, estaban muchísimo más interesadas por el propio astro cinematográfico que por lo que allí se decidiera sobre Venecia. Los hombres, elegantes, ceñudos, podía decirse que habían acudido allí a sabiendas de que iban a escuchar una sarta de tonterías, pero... sus mujeres los habían arrastrado.

Cuando apareció Shanon, impecable, con esmoquin oscuro, la impresión femenina se percibió con toda claridad en el ambiente; algunos corazones dejaron de latir; otros se aceleraron hasta el vértigo, mientras que, en más de un caso, los celos latinos hacían su aparición.

Había micro en el estrado, y Shanon, tras subir a él, reclamó con gestos silencio y atención.

Cuando ambas cosas eran relativas, empezó a hablar:

—Ante todo, amigos, muchísimas gracias por haber acudido a este llamamiento, y...

Saltó uno:

—Oiga, Shanon, ¿por qué le interesa tanto Venecia? Hay quien afirma que todo lo que se propone es salvarla para poder contemplarla a su capricho desde esa casa giratoria que piensa construirse aquí... Responda a eso.

—¡Yo amo Venecia! —protestó Shanon—. Y lo único que quiero pedirles es que cada uno aporte algo en beneficio de esta bella ciudad. Unos, dinero; otros, trabajo; otros, técnica... Hay que apuntalar los cimientos, los palacios, hay que construir diques de contención, hay que impedir la acción de aguas y vientos. Me he asesorado bien... Y es cierto: quiero ver Venecia desde mi casa giratoria, pero ustedes también podrán contemplarla siempre. Por mi parte, estoy dispuesto a encabezar una suscripción con quinientos mil dólares.

Hubo unos instantes de silencio.

De estupor.

—¡Está loco si cree que alguien de nosotros puede secundarle con esa cifra! Y voy a decirle algo más, Shanon: estoy harto de Venecia. ¡Harto! Por mí, que se hunda Venecia...

Hubo silbidos, abucheos. El tipo, rojo de rabia, agarró a su mujer, y se largó de la reunión.

Aumentaban las discusiones, y su tono.

Shanon, aún en el estrado, tenía algo que agregar, y cuando la gente empezó a hacerle caso de nuevo, dijo:

—Quienes deseen secundar mi idea, pueden ponerse en contacto con mi equipo de secretarías y *public relations*; incluso conmigo mismo. Por una vez en mi vida, estoy dispuesto a trabajar en serio por algo... Algo que me atañe porque, repito: amo Venecia. He dicho.

Hubo aplausos, gruñidos, suspiros...

Malcom abandonó el estrado, y pasó al salón, uniéndose a grupos. Perla y sus secretarías, las *public relations*, le iban presentando a los personajes, con todos los cuales cambiaba unas breves frases, copa de champaña en mano. En un respiro, en un corto aparte con Perla, Malcom gruñó:

—¿Los Dello Jolio, Perla?

—Sí. Sólo ha venido ella, Isabella. He esperado un poco por... prudencia; en fin, consideré impropio presentarte a esa mujer en primer lugar. Pero ya es hora. Vamos. ¿Por qué no habrá venido él?

Malcom esbozó una breve sonrisa.

—Creo tener una idea. La confirmaré a su debido tiempo —dijo.

Sí, allí estaba Isabella Dello Jolio.

Casi en solitario. No era una mujer llamativa; en absoluto. Era, quizá, aquella

sobriedad que la caracterizaba lo que la apartaba un poco de la gente. Quizá Isabella se encontraba en un estadio mental superior; y, además, parecía darlo a entender, con aquella sonrisilla un tanto altiva; fumando, sentada en una mesa, con una copa de champaña... Tan sólo se le habían acercado algunos tipos interesados en negocios marítimos, que preguntaron por Carlo Dello Jolio.

Perla y Malcom llegaron a la mesa. Perla, sencilla y simpáticamente, hizo las presentaciones. Malcom, como un conspirador, miró en torno, y con voz de misterio musitó:

—Permítame sentarme, señora Dello Jolio... ¿Me creerá si le digo que estoy aturdido?

Ella acentuó su sonrisa, y respondió:

—Le creo, le creo, señor Shanon... Siéntese, por supuesto. Para ser sincera con usted, le diré que no sé qué pensar exactamente.

—¿Qué quiere decir? —inquirió con gesto bobalicón Malcom.

—Su... disertación. Por una parte, casi me ha conmovido con su amor a Venecia. Por otra, usted incluso tiene miras egoístas. Casi debería desear el hundimiento de Venecia, para adquirir el puente de los Suspiros y el de Rialto, en bloque... ¿O no es eso lo que manifestó a los periodistas?

Malcom sonrió, y dijo:

—Hay de todo, señora Dello Jolio... Sé que todos piensan que esto no pasa de ser un capricho mío. Y lamento que usted también piense lo mismo.

—No es eso. Yo... ¿Le ocurre algo, señor Shanon?

Malcom se había pasado la mano por la frente; abrió y cerró los ojos varias veces.

—No sé... Creo que me estoy mareando. Tanta gente, esta atmósfera... Siento tener que abandonarla, señora Dello Jolio, pero voy a salir al jardín. Aunque... si no la ofende mi invitación, me gustaría seguir hablando con usted.

—No me ofende —sonrió Isabella—. Estoy encantada, señor Shanon.

Y se puso en pie.

Malcom la imitó rápidamente. Caminaron juntos hacia la salida del salón, que comunicaba con el jardín. Allí dentro proseguían las discusiones, y más gente se iba, pero no al jardín precisamente. Isabella se sintió observada con celos, con envidia, y... con asombro. Porque no era, con mucho, la mujer más hermosa de la fiesta. Y tan horriblemente vestida, tan sobria, con aquella maxifalda...

Riendo bajito, Isabella, ya en el jardín, musitó:

—Ha valido la pena, señor Shanon —dijo—. Confieso que ha sido un poco de vanidad por mi parte, y... un poquito de maldad, salir con usted al jardín. Lo digo por la forma en que me han mirado las demás mujeres.

Malcom carraspeó.

—¿Y... su esposo, señora Dello Jolio? —inquirió.

Ella vaciló un instante; miraba a Malcom a los ojos.

—Carlo no ha podido venir. Discúlpele.

—Naturalmente.

—¿Se siente mejor al aire libre?

—¡Oh, sí, mucho mejor...! ¿Le agradan los rosales?

—Desde luego.

—Hay un banco cerca de aquéllos —hizo un gesto señalándolos—. Podríamos sentarnos. Claro que no quiero abusar de su amabilidad...

—Nada de eso, señor Shanon. Por favor, no me abandone ahora —sonrió Isabella—. Las mujeres de la reunión se reirían de mí. Dirían que mi felicidad había durado muy poco.

—¿Su felicidad? —susurró Malcom, mirándola intensamente a los ojos.

Se sentaron. Ella también le miraba con fijeza. —¿Por qué no, señor Shanon?— musitó. —Sé bien que no soy una mujer bella, ni siquiera atractiva, pero... tengo algo dentro, como casi todo el mundo.

Malcom se humedeció los labios.

—¿Puedo llamarla Isabella?

—Me encantaría —susurró ella.

CAPÍTULO IV

Daba la impresión de que Isabella, cuyos ojos empezaban a mostrar cierta llama, solicitaba algo más. Y pareció estremecerse cuando las dos manos de Malcom fueron hacia el rostro de ella, tomándolo. Él la escrutó unos instantes; examinó sus facciones, acarició su piel... Isabella estaba muy quieta.

—¿Por qué hace eso? —inquirió con un hilo de voz.

—Permítame hacerle a mi vez una pregunta, Isabella: ¿por qué trata de ocultar su belleza?

—Se... se está burlando de mí... —Casi gimió.

—Usted no cree eso, Isabella. Sabe que digo la verdad.

—No soy hermosa, Malcom. Y... y ahora quisiera serlo... La mujer más hermosa del mundo... Además, soy casi vieja; tengo treinta y siete años... ¿Está mal que lo haya confesado?

Malcom sonrió; no soltaba aquel rostro. Dijo:

—Según los franceses, querida, usted no ha llegado a la cúspide. Y yo también lo creo así. Por otra parte, es curioso... Me siento muy bien junto a usted, Isabella. Usted es sedante... Pero sé muy bien que puede ser todo lo contrario. ¿Cómo diría...?

—¿Excitante? —sugirió, enronquecida la voz, Isabella.

—¡Ésa es la palabra! —exclamó, contenidamente, Malcom—. Sé que puede serlo, Isabella. Lo noto. Toco su piel, y algo arde; miro sus ojos y... no son como los de las demás mujeres...

—Sólo habla así por galantería...

—No.

—Si hay algo de verdad en lo que ha dicho, bésame. Bésame y te creeré...

Malcom echó un vistazo en torno. Estaban solos... Cerca de los rosales, de su fragancia. Atrajo el rostro de Isabella, y despacio, como si cumpliera un rito, la besó en los labios. Un beso largo, profundo, agotador, que dejó exhausta a Isabella, rendida en brazos del *playboy*. Y en silencio. Sólo se percibía una respiración: la de Isabella, con extraño anhelo, con fuerza.

—¿Convencida, Isabella? —musitó, por fin, Malcom.

—Maravillada... Pero no puedo ser más bella, no puedo...

—¿Te lo he exigido?

—Bueno...

—Sólo te pido que no ocultes la verdad, Isabella.

—¿Qué quieres que haga, Malcom?

—No sé...

—Espera, no sigas. No eres tú quien debe decirlo. Es... cosa mía. Yo soy una mujer... Malcom, has dicho que puedo ser excitante. Y... y trataré de no

decepcionarte.

—Cuidado, Isabella. Está Carlo... —sugirió Malcom.

—Voy a confesarte algo. Carlo es mi hermano.

—Isabella...

—Soy una mujer libre... Malcom, vuelve a besarme... ¡Lo necesito con toda mi alma!

—Yo... necesito mucho más que tú, Isabella...

—¿Qué... qué quieres decir?

Malcom Shanon tomó de las manos a Isabella Dello Jolio, y la llevó hacia las frondas del jardín, notando en ella una levísima resistencia, apenas un gesto más de incredulidad que de otra cosa... En pocos segundos, estuvieron fuera del alcance de cualquier mirada, y entonces el agente Octopus abrazó a Isabella, y la besó profundamente en los labios, ahogando el gemido que ella había comenzado a emitir, trémulo, casi histérico... Inmediatamente, los brazos de Isabella parecieron enroscarse en el cuerpo del actor, que notó en el de ella una vibración tremenda, como una sacudida eléctrica, brutal. Era como probar por primera vez un piano que nunca había sido afinado...

Así, cuando Isabella tomó una de sus manos y la llevó hacia sus senos, Octopus no resistió el deseo de la mujer. Tocó con sus dedos la carne, que parecía arder, mientras notaba en su boca un aliento que en modo alguno podía compararse con el de cierta muchachita que, quizá, había visto más claramente que él lo que era la vida, lo que podía ser la vida... Llegaba hasta allí un lejano resplandor de luces, al cual Malcom Shanon pudo ver las blancas carnes que se le ofrecían, temblorosas.

—Por favor... —suplicaba Isabella—. ¡Por favor, por favor, mi vida...!

Las manos de ella se enredaron por detrás en la rubia melena del espía, hicieron presión hacia abajo. Octopus notó en sus labios aquella carne tensa, vibrante, y luego los labios...

—Te lo suplico... Te lo... suplico...

Sintiendo que en su cabeza estallaban millones de bombas, y en su pecho billones de truenos, Malcom *Octopus* Shanon sucumbió dolorosamente a las necesidades del espionaje... Diez minutos más tarde, más que nunca, los labios de Isabella Dello Jolio le sabían a barro. A cieno. Pero ella debía pensar de modo muy diferente mientras le besaba y gemía entrecortadamente.

—Ha sido... el momento... más feliz de mi vida ¡Te amo tanto...!

—Debemos irnos, mi amor... —dijo Malcom, con voz que no le pareció suya—. No alarguemos más este momento, vamos a dejarlo como un sueño... que podemos repetir en circunstancias mucho más placenteras... ¿No tienes frío?

—No... —rió ella—. ¡No! Pero tienes razón.

En pocos minutos, estuvieron listos para volver a la parte visible del jardín. Justo a tiempo, porque apenas estaban recuperando la noción de la realidad cuando apareció Perla Conway, mirando preocupada a todos lados.

—Ah, Malcom... —exclamó al verle—. Siento tener que molestarte pero me temo que tu presencia es necesaria allá dentro. Parece que no hemos conseguido gran cosa, lo siento. Quizá tú puedas arreglar algo, pero lo dudo. ¿Cuento contigo? Yo sola no puedo controlar la situación, de veras lo siento.

—Voy para allá enseguida, Perla.

—Bien; no tardes, por favor.

Perla se retiró. Malcom dijo:

—Tengo que ir, Isabella.

—Pero... ¡son todos unos estúpidos, Malcom! —masculló ella con ira—. No les interesa para nada Venecia. Sólo querían... estar en la reunión, mostrarse socialmente fuertes, importantes... ¿No lo comprendes?

—Quizá sea como dices, pero... Isabella, ¿sería abusar de ti pedir volver a verte?

—Es lo único que estoy deseando... No deberías dejarme ahora, Malcom.

—Lo siento.

—Está bien, no quiero que pienses que soy una mujer intolerante, incomprensiva. Pero antes, por favor, bésame otra vez...

Mientras la besaba, Malcom pensaba en sus cosas. La llegada de Perla significaba que todo estaba listo para la nueva actuación de Octopus, que debía realizarse aquella misma noche. Antes, aún tendría que perder un buen rato en el salón, para escuchar y lanzar tonterías, y luego, fingiendo agotamiento, retirarse... y actuar.

Cuando dejó a Isabella, ésta, como postrada, quedó a solas en el banco, cerrando los ojos, ardiendo por dentro y por fuera...

* * *

—Adelante, Malcom, Pensé que aún tardaríamos en vernos, pero me alegro de que hayas recurrido a mí.

Era la voz alegre, agradable, de Fiorella. Estaba allí, a la luz de un farol, en el interior de la carroza de una vieja góndola. Estaba sentada, fumando un cigarrillo. Malcom la miró, y entró, silencioso, en la carroza.

—¿Está todo, V-01? —inquirió.

Ella suspiró.

—Todo Octopus —dijo—. Te ayudaré.

—Gracias.

Malcom empezó a despojarse de sus ropas oscuras; pantalón, polo, atalaje con el arma... Ella, mientras, iba sacando prendas de una maleta; prendas, y extraños postizos; un maquillaje exótico. Todo iba quedando sobre el banquito para dos de la góndola acarrazada, cuya cortina, por supuesto, estaba corrida, aparte de que era excesivo temer indiscreciones en aquel solitario y estrecho canal, a cierta distancia de un pequeño puente.

—Viste a Compton, al parecer —dijo Fiorella.

—Lo maté.

—Lo imaginaba... ¿Y ahora?

—Cuando terminemos, lo verás. ¿Sabías que los Dello Jolio son hermanos, en realidad?

—Pues no... En fin, no me sorprende demasiado. ¿Tiene eso algo de particular?

—No sé. Sólo que tengo la impresión de que tratan de ocultar ese parentesco. Isabella no me rectificaba al principio, cuando yo hablaba de Carlo como si fuese su marido.

—¿Isabella? —inquirió, algo irónica, Fiorella—. Veo que has progresado.

—De lo contrario, habría sido un fracaso total la reunión. Ha costado bastante dinero —gruñó Malcom—. Muchas veces pienso que si yo no dispusiera de ese inagotable caudal de medios a mi alcance, sería tan sólo eficaz en un veinte por ciento con respecto a lo que soy y hago ahora, Fiorella. Y no me gusta pensar eso. Quiero valer por mí mismo.

—Eso es una tontería, Malcom. El genio tiene que estar en lo suyo. Einstein no hubiese revolucionado la ciencia de haberle puesto a vender helados... pongamos por caso. Al genio también hay que proporcionarle medios. ¿Convencido?

—Está bien —gruñó Malcom.

Y sintió placer, relajación, cuando las dulces manos de Fiorella le acariciaron aquella colosal espalda bronceada.

—Veamos esos postizos ahora, señor Octopus. ¿Vas a ponerte la joroba?

—¿No te parece discreta? Es por la estatura. A veces, me gustaría poder convertirme en un pigmeo. Esa joroba me inclinará lo suficiente. Veamos de una vez.

Fiorella, con manos expertas, realizó el aplique, sobre la paletilla derecha del agente Octopus. Con cuidado, con mirada crítica, en silencio absoluto. Por fin, habló:

—¿Notas incomodidad?

—No.

—¿La sientes segura?

—Sí.

Se vistió. Un traje gris oscuro, raído, con la chaqueta deformada, los pantalones con los bajos deshilachados en parte; con una camisa blanca, rozada, y una horrenda corbata. Visto de espaldas, Malcom no era más que un pobre tullido; un miserable hombre que cargaba con su joroba e infinidad de miserias. Fiorella lo observó con muchísima atención, antes de dar el visto bueno, y realizar leves correcciones.

—Lo demás —dijo Malcom.

Durante veinte minutos, Fiorella estuvo trabajando, hasta dejar a Malcom convertido en un sesentón jorobado, con relucientes pupilas pardas, espesas cejas grises, barba rala, boca algo torcida... Y le besó en aquella boca, con brevedad, antes de decir:

—Suerte, Malcom. ¿Me quedo aquí?

—Sí. Es lo mejor, ya que Perla te podrá localizar con rapidez en cualquier

momento, si es necesario.

* * *

Completamente a oscuras, aunque ya habituados a la penumbra de la estancia, muy modesta, situada en los bajos de un antiguo molino, que conservaba ciertos olores, tres personas se removían de vez en cuando, y miraban la hora en el respectivo reloj.

—Empieza a ser tarde —se oyó, con tono hosco, la voz de Carlo Dello Jolio—. Quizá Compton se haya equivocado.

—Aquí, de eso no hay duda, vive alguien —comentó Luchino Boretti.

Por su parte, Sofía se puso en pie, y dio unos pasos, para acercarse a la ventana, mirando al oscuro exterior. Se veía una punta de Venecia, que se hundía en sus canales, en la laguna sobre la que está construida.

—Una posibilidad es que haya llegado, y haya percibido algo extraño; como consecuencia, ha podido huir...

—De llegar... le habríamos oído, Sofía —dijo Dello Jolio.

—¿Por qué?

—Pues el auto hace...

—Puede viajar a pie. Suponiendo que haya ido a Venecia por cualquier asunto, o a Torcello, dispone de líneas de transportes públicos. Yo creo que... ¡Esperen!

La reacción de Dello Jolio y Luchino fue casi violenta. Dello Jolio se puso en pie, y Luchino, ya con una automática en la mano, se situó detrás de la puerta. Oyeron ambos la risa un tanto irónica de Sofía, que murmuró:

—Oh, vamos, no se alarmen... Llega solo, y no me parece un luchador. Por mi parte, como quedamos en principio, estimo conveniente emplear términos amables, la persuasión más dulce. Por lo que veo, es un hombre viejo, jorobado. Dentro de diez segundos abriré esta puerta.

Contaron, mentalmente. Lo único que había hecho Sofía fue volverse, y quedar apoyada en el marco de la ventana, sonriendo. Su busto, en aquella postura, era un auténtico desafío. Y sonreía tranquila, apaciguando a Dello Jolio, que se había sentado de nuevo, en un polvoriento sillón, mientras Luchino disimulaba la presencia de la automática. Sí: persuasión amable, convencer por medios pacíficos, pulsar la ambición...

Diez segundos, en efecto.

Se abrió la puerta, el jorobado entró y encendió la luz.

Al principio, pareció no reparar en que no estaba solo allí. Luego, su rostro fue expresando diversas emociones: sorpresa, miedo, ira... Dello Jolio sonreía, Sofía también... Sólo Luchino le miraba sin sonreír, pero sin mostrarse enemigo ni mucho menos. Fue Dello Jolio quien tomó la palabra:

—Hace mucho que le esperamos, Brueberger.

Brueberger parecía reaccionar, por fin; trató de sorprender a todos, abriendo la puerta para salir, pero Luchino, mucho más rápido, se lo impidió, reteniendo la mano de Brueberger, y colocándose frente a la puerta, como un obstáculo insalvable.

El científico alemán se expresó en un italiano lamentable, con un fuerte acento, recargado de erres:

—¡Déjenme «salirr»...! ¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo saben mi «nombrrre»...?

—Cálmese, profesor, tome asiento y hablaremos con tranquilidad sobre un tema interesante para usted y para nosotros. Sepa que, en principio, le ofrecemos nuestra amistad. Vamos, siéntese —dijo Dello Jolio.

El profesor les miraba a todos con recelo, con miedo, con aquel centelleo en sus pupilas pardas, empequeñecidas.

—No son «rrusos»... —murmuró—. Ni alemanes, ni «amerricanos»...

—Nada de eso, en efecto. Por consiguiente, no somos enemigos suyos. Sofía, por favor, busca algo para que beba el profesor y se tranquilice...

—¡No «quierro bebrer» nada! —estalló Brueberger.

—Dígame, profesor: ¿cómo podríamos convencerle que sólo tratamos de obtener su amistad? Concretamente, le ofrecemos un trabajo, que pagaríamos a entera satisfacción de usted. Escucharíamos con agrado sus demandas en todos los sentidos. Y, por supuesto, el trabajo entra de lleno en su experiencia sobre controles remotos. En suma, y para ir al grano, le ofrecemos participar, colaborar, con Géminis.

—¿Géminis? ¿Qué es eso?

Dello Jolio sonrió, y dijo:

—Digamos que Géminis soy yo, profesor. Yo y mi organización. Tengo poder; tengo medios, dinero, gente... He trabajado mucho últimamente. Y, por fin, le diré que usted nos ha sido... presentado, por decirlo de alguna manera, por alguien que usted conoce. Un profesor americano llamado Walter Compton.

—Nada tengo en común con ese «hombrrre».

—Lo sabemos. Especialidades distintas, puntos de vista diferentes... No obstante, Brueberger, usted daría muestras de sensatez intentando, cuando menos, estudiar nuestra oferta. Le proporcionamos trabajo, dinero, cobijo, comodidad, protección...

—No les necesito. No «quierro» nada de ustedes... ¡Y voy a «salirr» de aquí!

De pronto, el jorobado dio un paso atrás, y extrajo del bolsillo una pequeña y vieja pistola, de pequeño calibre, que no parecía en muy buen estado. Con el arma, por sorpresa, apuntaba a todos, moviendo la mano derecha, que temblaba.

—Sepan una cosa: he estado en Venecia solucionando algo «rrelativo» a mí salida de Italia... Me «marrcho» de aquí... Vivo como un «cerrdo»... Y me buscan agentes de «varrios» países. No soy muy buen negocio como aliado...

—Opinamos lo contrario, profesor —dijo, sereno, Dello Jolio—. Nosotros le trataríamos como amigo. Y viviría dignamente, se lo aseguro. Es más: puede empezar a vivir con esa dignidad que usted añora desde mañana mismo. Desde esta noche, si nos acompaña. Por lo demás, entre amigos sobran las armas y las amenazas. Le ruego

que guarde esa pistola. Nosotros no le hemos amenazado en momento alguno. Hasta ahora, sólo le hemos hecho ruegos.

El jorobado vaciló visiblemente. Miró hacia la puerta, seguía apuntándoles... Por fin, con lentitud, depuso la amenaza, y guardó la pistola en el bolsillo.

—«Quiero pensarlo» antes —murmuró.

Hubo cambio de miradas entre Sofía, Dello Jolio y Luchino.

—Me pregunto si usted es rápido o lento en sus decisiones, profesor —dijo Dello Jolio.

—«Rápido».

—Magnífico. ¿Cree que mañana nos podría dar una respuesta? Insisto: usted trabajaría en su especialidad, con plena autonomía, y con los medios precisos a su alcance. Usted, y sólo usted, mandaría en su trabajo. A cambio, le exigimos algo, claro está: eficacia.

—Yo soy el «mejor»... —dijo, con orgullo, Brueberger.

—Ojalá lo demuestre. Para nosotros, sería magnífico. Y usted tendría motivos más que suficientes para sentirse satisfecho. Ahora, perdone, pero me veo obligado a hacerle una pregunta: ¿podemos confiar en usted? ¿No tratará de huir?

—He dicho que lo «pensaré». Si decido que no, nada me «haría cambiar» de opinión. Y lo mismo, si mi «respuesta» es «afirmativa».

—Muy bien... Vaya pensando en una vida digna para usted, y un premio final de dos millones de dólares, profesor. Menciono estos datos por si puedo influir en algo en sus decisiones. Además, insisto: sin riesgos. Estando con Géminis, nadie podrá molestarle.

Brueberger apretó los labios.

—Yo pienso solo —dijo.

Dello Jolio, con una sonrisa, se puso en pie.

—Muy comprensible; es el mejor modo de concentrarse —dijo—. Por nuestra parte, sólo resta repetir que nos sentiríamos muy honrados y felices con su colaboración. ¿Hasta mañana, profesor? Sofía y Luchino vendrán a verle, y escuchar su decisión... que espero sea favorable. Por consiguiente, tengo la esperanza de almorzar con usted, o cenar. Buenas noches, profesor.

—Buenas noches.

Lo dijo seco, echándoles, o poco menos.

Altivo, jorobado, relucientes los ojos, desconfiado... Les veía salir, y tuvo un destello, una mirada, para las piernas de Sofía y el hermoso y esbelto cuerpo, en general.

Cerró la puerta, pero fue a fisgar por la ventana, sin importarle que ellos se dieran cuenta de la observación a que les sometía. Les vio dar la vuelta, y meterse en un auto. Naturalmente, Malcom lo había visto al llegar, pese a estar camuflado. No obstante, él era el cebo... y el anzuelo cortante como una cuchilla... Allí iban a hincar las fauces los Géminis.

Géminis... Era no poco sugerente.

Géminis...

Malcom iba a pensar aquella noche, sí. Por lo demás, era probable que le dejaran vigilancia, en cuyo caso las cosas se complicaban, pero sólo hasta cierto punto...

Mientras, ya rodando el auto conducido por Luchino, y con Sofía y Dello Jolio detrás, éste miró la hora.

—Medianoche —masculló—. Esperemos que ese fantasmón acepte el trabajo.

—¿Puedo sugerir algo, señor Dello Jolio? —inquirió Sofía.

—Adelante, querida.

—Vigilarle. Puede tratar de desaparecer.

—No es mala idea... Para, Luchino. ¿Tú, Sofía?

—Soportaré la incomodidad de vigilar un molino... —suspiró Sofía.

Paró el auto, y Sofía se apeó.

Luego, el vehículo siguió su camino.

Sofía, sin prisas, viendo luz por la ventana del viejo molino habilitado como modestísima vivienda, se fue acercando, vio la cara de Brueberger en la ventana, y se apartó un poco, para permanecer en las sombras, invisible. Cuando desapareció Brueberger de la ventana, se acercó para vigilar más de cerca. Incluso miró por la ventana, y vio al profesor sentado, con las manos apoyadas en una mesa, cerrados los ojos, como concentrado.

Parecía que no tenía intención de huir, pero...

Sofía tenía que buscar acomodo en algún anexo del molino.

CAPÍTULO V

Era un lugar donde, en alguna remota ocasión, debió almacenarse grano; el caso es que Sofía empezaba a arrepentirse de haber sugerido la vigilancia del viejo profesor Brueberger, el fantasma jorobado y loco, que vacilaba en aceptar millones de dólares. Un auténtico chiflado... ¿Y qué estaría haciendo?

En la humedad de su refugio, Sofía quiso ir a ver; aún había luz. Era muy probable que Brueberger estuviera todavía en plena meditación. Era curioso lo de los cerebros... El del profesor Brueberger, al parecer, no tenía rival en cuestiones de alta técnica, de matemáticas y conocimientos de lo más abstruso y complicado. En cambio, para cosas sencillas no pasaba de ser una absoluta vulgaridad; un tipo con miedos de niño, con desconfianzas de gente baja y astuta, mal pensada y mal intencionada.

Sofía quiso estirar las piernas, salir de allí; se estaba mejor al aire libre, aunque la humedad era notoria.

Fue a pegar su linda nariz a los cristales de la ventana.

Pues no. No estaba allí Brueberger... No se le veía en la estancia. Tal vez había algún hueco interior donde dormía. Sofía estaba a punto de abandonar la vigilancia; era perder el tiempo. La sensatez no podía estar tan lejos de un cerebro como el de Brueberger, y éste tenía que aceptar, sin más...

Iba a volverse, cuando oyó una voz, unos murmullos llenos de rabia:

—¡Lo sabía...! ¡Me están vigilando! ¡No se mueva o «disparro»!

Sofía sintió un estremecimiento que no esperaba. En realidad, no debía sentir miedo de aquel jorobado, pero...

Murmuró:

—Está bien, Brueberger. Le pido perdón por la desconfianza... Ahora, usted puede...

—¡Yo sé lo que tengo que «hacerr»!

Y chillando, rabioso, se abalanzó contra Sofía. Por supuesto, en ningún momento, aunque fingía torpeza al golpear, concedió a Sofía la menor oportunidad de esquivar los golpes, que le asestaba entre la coronilla y la nuca, con el cañón de la vieja pistola de pequeño calibre. Y tuvo que asestar cuatro golpes, antes que en el claro cabello de Sofía apareciera una mancha de sangre, que se extendía.

Sofía quedó tendida en el suelo, inconsciente y Octopus la observó unos instantes. Se inclinó junto a ella, la agarró por los cabellos y colocó el rostro de Sofía bien visible.

—Tú o Isabella... Yo averiguaré cuál de las dos asesinó a Ivonne Bray... aunque te apunto un noventa por ciento de probabilidades.

La soltó.

El bello rostro de la inconsciente Sofía chocó contra el suelo.
Luego, Malcom, sin más preocupaciones, desapareció de allí.

* * *

Dolorida, mareada, furiosa, sorprendida... Sofía corría por la carretera, hasta que dio con la cabina de teléfono. Se metió en ella, e instantes más tarde marcaba un número. Lo cierto era que su reloj, en la caída, se había hecho papilla, y estaba desorientada en cuanto al tiempo. No iba a ser fácil comunicar a Dello Jolio el rotundo fracaso de lo que parecía una sencilla misión que ella, y sólo ella, había complicado con una vigilancia contraproducente.

Dello Jolio al aparato, por fin:

—¡Sofía! ¿Qué ocurre? ¡Son las dos de la madrugada...!

—Señor Dello Jolio, una... mala noticia, lo siento... Se ha largado... Me sorprendió fisgando, y... Lo lamento de veras. Pero lo encontraré en Venecia. ¡Le aseguro que le encontraré!

—Sofía, ése ha sido un fallo tremendo... Y ahora me explico por qué Compton no responde al teléfono: Brueberger ha debido ir a verle, y temo que entre ellos haya habido más que palabras. La situación ha empeorado... Lamento decirte que tu idea de vigilar a Brueberger fue estúpida. Por lo demás, búscale. Y a Compton.

—Lo haré. Les encontraré señor Dello Jolio. Por otra parte, permítame rectificarle algo: la situación, ahora, es sólo estacionaria. Habiendo perdido a Brueberger, tan sólo tenemos que esperar dar con el hombre que necesitamos. No es posible que ese hombre no exista, y...

—Basta, Sofía. Lo práctico es encontrar a Brueberger.

—Bien.

Dello Jolio estaba furioso, evidentemente. Había colgado con violencia el teléfono, y Sofía hizo lo propio, despacio; salió de la cabina, con cierto aire de desaliento, y bastante magullada. Aquel estúpido Brueberger ni siquiera sabía golpear.

* * *

Era ya un poco tarde, y Carlo Dello Jolio estaba nervioso. Necesitaba la presencia de Isabella, su consejo, el mensaje de su cerebro, para resolver el asunto. Las cosas iban mal. Las noticias que recibía de Sofía eran pésimas. Ni Brueberger, ni Compton...

Isabella estaba obligada a aportar algo. Así que, impaciente, fue al cuarto de ésta. Llamó convencionalmente con los nudillos en la puerta, y entró.

—Las cosas se ponen...

Se interrumpió, de pronto.

Parpadeó, incrédulo. Sin comprender. Luego, avanzó lentamente hacia Isabella, que estaba ante el tocador del dormitorio, una estancia tan sobria como la propia Isabella, aunque... algo estaba cambiando, ante el asombro, primero, y la ira, en aquel momento, de Carlo, al ver a su hermana, que le sonreía irónica.

—No lo dudes más, Carlo. Soy yo —dijo.

—Ya, ya veo. Pero, Isabella...

—¿Sabes que con tu actitud me estás halagando? —rió Isabella.

Dello Jolio dio una vuelta en torno a su hermana, observándola atentamente. En verdad, el cambio era asombroso. Porque las piernas de Isabella aparecían bonitas, esbeltas; esto permitía verlo aquella única prenda que llevaba encima: un camisoncito transparente, que lo usaba por primera vez. Y tenía la cintura delgada, esbelta, un busto prieto, firme, de formas muy sugestivas... El tono malva del camisoncito revelaba todos los detalles de un cuerpo espléndido.

—Carlo, aunque quizá te moleste, debes permitirme que me vista ahora.

—¡Quiero saber qué significa esto! —estalló, de pronto, Dello Jolio.

Isabella arqueó las cejas.

—Que soy una mujer. Y que alguien, ayer, me hizo comprender que ocultaba mi belleza. Alguien que... ¿cómo te lo definiría? Sí, ya sé: el tonto más encantador del mundo... Hacía años, muchos años, que no me sentía mujer, Carlo. Y anoche... anoche, sí, me sentí mujer, con una fuerza y una alegría que ya tenía olvidada. ¡Fue tan hermoso...! Pero está claro, nada de esto te importa, Carlo, ¿verdad? Soy casi cuarentona, y...

—Un momento, un momento, Isabella. Reflexionemos. Me estás hablando de que deseas una aventura, que ayer conociste al tonto más encantador del mundo, y... En fin, todo eso lo comprendo. Sin embargo, quiero recordarte algo: Géminis. ¿Qué hay de Géminis? Piensa un poco. Recuerda cosas, vuelve a lo que era nuestra vida hace diez o quince años... Isabella, no lo estropees todo por una estúpida aventura con un imbécil, según tú misma afirmas.

—No pienso estropear nada. Por otra parte, espero que no trates de impedir mi... aventura, como tú la llamas. Yo temo que deje mucho en esa aventura, que deje amor...

—Isabella... ¡No puedes hablar así! ¡Géminis se va al demonio, si lo haces!

—No, no, no... Él no sabrá nada de eso.

Carlo se pasó una mano por la frente.

Miró a su hermana; estaba bella, sí... Y no era tan vieja... Con el cabello suelto, otro brillo en los ojos... Iba a ser muy difícil contenerla, hacerle comprender.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió, por fin, tratando de calmarse, o aparentarlo, al menos.

—Malcom Shanon.

—¿Ese idiota que quiere salvar Venecia? —Gruñó Carlo.

—Sí.

—Pero...

—Voy a llamarle por teléfono. Quiero estar con él todo el día. Almorzaremos juntos, aquí mismo, en la villa. Quiero tenerle en mi terreno, en mis rincones predilectos.

—¡En la villa! ¡Estás loca, Isabella! Eso no es posible. Tenemos aquí ya al oceanógrafo, y el profesor Breub...

—El profesor ha huido. Por tanto, hay un compás de espera para proseguir con el asunto de Géminis. Sin profesor, no hay nada que hacer. Y para cuando encontremos al hombre ideal para el cometido del control remoto, Malcom se habrá marchado ya... ¿No lo entiendes? Es una simple aventura: él se llevará algo de mí, y yo me quedaré algo de él... Eso es todo. Se irá. Jamás, probablemente, sepa nada de esto. Para nosotros sólo contará el amor. Es por completo diferente una cosa de otra, Carlo.

—¿Le dijiste que somos hermanos?

—Sí, claro... Se retraía, pensando en ti como mi esposo.

—Ya. Pero, Isabella...

—Voy a llamarle.

—Espera aún. Supongamos que ese bocazas va haciendo gala de sus conquistas, y anda diciendo que tú y yo somos hermanos...

—No lo hará. Se lo pediré.

—Le extrañará. Hará preguntas...

—Yo me ocupo de eso.

—No me gustaría tener que matar a ese hombre, Isabella —masculló Carlo—. Es demasiado famoso, demasiado conocido.

Isabella sonrió con un poco de tristeza.

—Lo que me temo es que no tardará en olvidarme. Y ya basta, Carlo. Tengo derecho a esto. Voy a llamarle por teléfono. Por favor, déjame sola.

—Como quieras... Lo dejas todo por una absurda aventura.

—No dejo nada. En tanto no tengamos a Brueberger nada hay que hacer ni estudiar. Y espero que no pretendas que yo, personalmente, me ocupe de buscar el cerebro que necesitamos.

—Vete al diablo, Isabella. Pero aún, antes de llamar, reflexiona.

Y se fue, lleno de ira, dando un portazo tremendo.

Isabella no cambió de actitud en lo más mínimo. Lo había pensado mucho; toda la noche. Vivía en una continua agitación, como metida en una hoguera, sintiendo los labios del tonto más encantador del mundo sobre los suyos; notando vibrar algo por dentro al recuerdo de aquellos brazos que la habían estrechado...

Se precipitó hacia el teléfono, y hasta tembló cuando pidió comunicación con Malcom Shanon, en el Excelsior. Y oyó, por fin, la voz de Malcom:

—¿Sí?

—Malcom...

—¡Isabella!

—Malcom... ¿no me has olvidado?

—¿Cómo puedes decir eso? —protestó Malcom—. Anoche, cuando todo terminó aquí, te busqué por el jardín, con la esperanza de hallarte. Incluso estuve a punto de llamarte por teléfono, pero...

—Casi... casi no te creo... —gimió Isabella.

—¿Por qué hablas así? ¿Cómo puedo convencerte de que es cierto?

—Hay un modo, Malcom... Ven conmigo. Ven a la villa. Almorzaremos juntos, pasaremos el día juntos... Sólo así podrás convencerme. Te reservo una pequeña sorpresa, amor, pero debes prometerme no reírte de mí. Lo hago por ti... ¿Te espero? Por favor, Malcom...

—Quiero estar contigo, Isabella, pero llegaré un poco tarde. A la hora del almuerzo. Tengo trabajo con respecto a la reunión de ayer, aunque debo confesar que fue un fracaso casi total. Nadie confía en mí... Hay quien afirma a voz en grito, y periodistas incluidos, que todo es una broma por mi parte, para divertirme, y para promocionar una película que debo estar preparando, que sólo busco publicidad pagada por el productor de mis películas... ¡Pero te aseguro que no es cierto!

—Deja eso, entonces, y ven.

—Te lo prometo; a las doce y media, cariño.

—Te estaré esperando...

* * *

—Por aquí, señor.

Era Tomaso, el mayordomo, quien con aplomo, con su sobriedad característica, estaba guiando al huésped, a míster Shanon, que se había presentado con un atuendo deportivo que le sentaba magníficamente. Pantalón gris, jersey de punto, y una cazadora de cremallera en diagonal, negra. Su figura mostraba un atractivo viril excepcional.

Tomaso le hizo pasar al salón. No había, por lo visto, más gente en la villa. Tomaso se había limitado a decirle a Malcom que Carlo estaba fuera, en sus asuntos, algo urgente que le había reclamado... Por consiguiente, resultaba obvio que Isabella lo había preparado todo para estar a solas en el palacete, en la magnífica villa, que Malcom, con mirada fotográfica, había introducido en su mente; por lo menos, los principales detalles, aunque le interesaba conocer muchos otros.

Pasó al salón, y parpadeó sorprendido.

Había una larga mesa dispuesta para dos comensales.

Uno de ellos ya estaba allí: Isabella.

Una Isabella sin coquetería, con su clásico cabello recogido, su jersey oscuro, y la maxifalda, su mirada como un tanto velada; una mujer sin sonrisa. Y allá, en un extremo de la mesa... Con velas, para una intimidad que a Shanon empezó a

revolverle las tripas. Su puesto estaba colocado frente a Isabella, separados por no menos de tres metros que medía la masa.

Un horrible ramo de flores en el centro, el candelabro con las velas, y un ambiente más bien sórdido, que contrastaba con la indiscutible belleza interior de la villa. Malcom, en verdad desconcertado, no sabía qué deducir de todo aquello. Ya estaba a solas con Isabella, pero...

—Siéntate, Malcom... Me agrada que hayas sido puntual.

—Isabella...

—Siéntate, por favor.

Malcom quería acudir junto a ella, pero Isabella hizo un gesto, casi imperioso, y Malcom, petrificado, tras vacilar unos instantes, acabó por ocupar su puesto de comensal. Y antes de que pudiera despegar los labios, apareció el propio Tomaso, con el almuerzo. Tallarines; simples tallarines con queso rallado y salsa de tomate. Horrendo almuerzo. Además, por el etiquetado de la única botella que había sobre la mesa, advirtió que se trataba de un sucio brebaje de pésima calidad, si podía mencionarse la palabra calidad.

Tomaso sirvió los tallarines, y se marchó.

Malcom parecía no tener intención de probar bocado.

—Isabella... ¿qué es lo que sucede? —inquirió.

—¿Por qué crees que sucede algo, amor?

—Bien, todo esto... Dijiste que me reservabas una sorpresa, que lo hacías por mí... ¿Te referías a esto? Isabella, hasta pienso que tratas de demostrar que no eres una mujer rica, que lo de la villa es fachada, y crees que con eso vas a desilusionarme en algún sentido. ¿Acierto?

—No. Yo soy así. Así, y no de otro modo, Malcom. Lo de ayer es... como un sueño. Traté de ser otra, por ti, pero... no puedo. Soy así: lóbrega, triste, fea, casi vieja... Lo siento, Malcom, no he querido engañarte. ¿No tienes apetito?

—Quizá el segundo plato me apetezca más que éste.

—Pollo a la milanesa. ¿Te apetece?

—Bien, no sé... Supongo que lo que ocurre es que no tengo apetito.

—¿Por qué no eres sincero? —inquirió, casi bruscamente, Isabella.

—Lo soy. Te aseguro que...

—¿Me besarías hoy como ayer?

—Isabella, algo te ocurre...

—Nada. Te lo he dicho ya. He querido que me veas tal como soy. Esta mujer que tienes ante ti es Isabella Dello Jolio. Ésta. La de ayer fue... algo extraño; un fantasma de mí misma, una relajación incomprensible en mí.

—No es del todo cierto. Yo he tenido muchas mujeres en mis brazos, y tengo que decirte algo: tú eres de las que más has vibrado cuando...

—No niego eso. Pero eso ocurrió ayer, Malcom. Ayer. Hoy es todo diferente. Lo siento.

—Cuando me llamaste por teléfono, me pareció que...

—Aún era la de ayer.

—¿Y por qué el súbito cambio?

—No sabría explicártelo. Ya sé que todo esto te resulta desagradable y raro, Malcom... Ya sé que así, de mí, no aceptarías nada, ni me darías nada. ¿Para qué engañarnos? Confieso que, por otra parte, me siento impotente para ser mejor, más bella, más dulce... No podría gustarte apenas un día; lo que te durase la novedad de una mujer más bien sin gracia e insignificante.

Octopus notaba como un zumbido en las sienes.

Algo fallaba.

Algo imposible de captar; algo que le tenía en plena tensión. De tal modo, que hasta era posible que Isabella lo notase, lo cual no le convenía lo más mínimo. Era un tanto desairada aquella estúpida situación. Una mujer enloquecida de amor la noche anterior en sus brazos, ronca la voz al llamarle por teléfono. Y en menos de dos horas, aquel brusco e incomprensible cambio.

Lentamente, Octopus se puso en pie.

—¿Te marchas? —murmuró Isabella.

—Sí... Sí, ahora. No obstante, creo que debemos reflexionar ambos. Te llamaré por teléfono.

—¿Para qué, Malcom? Si te marchas ahora, es para siempre.

—¿Para siempre? ¿Por qué?

—Quizá lo que te sucede es que una mujer fea hiere tu vanidad.

—No, no, Isabella... No es eso. Sólo que algo te ocurre, y entiendo que debo dejarte a solas. Lo hago por ti, no por mí.

—Gracias, entonces. Pero recuerda: te vas para siempre.

—Isabella...

—Así soy yo, Malcom.

Malcom estaba a mitad de camino hacia ella; la miró a los ojos. Luego, de pronto, giró, y se encaminó hacia la puerta del salón, con la mente confusa. Encontraría la pieza que no encajaba, por supuesto; la encontraría... Oyó, antes de llegar a la puerta:

—¿Te acompaño a la salida, Malcom?

Se volvió.

—No te molestes, por favor. Si me lo permites, daré un paseo por el jardín, y luego, me iré.

Y salió, sin más.

Por supuesto, dados sus planes posteriores, lo que necesitaba era echar un vistazo al jardín, a los setos. Había calculado hacerlo con Isabella, pero aquella esperanza había resultado un fracaso tremendo... e inexplicable. No. Inexplicable, no. Tenía que haber alguna explicación.

Estuvo dando vueltas hasta que Tomaso se tomó la libertad, con desfachatez, de llegar con el propio auto de Malcom, e invitarle a marcharse. Con muy buenos

modales, eso sí.

CAPÍTULO VI

Había reunión. Estaban, en el despacho de Dello Jolio, con éste, Luchino Boretti, Ecio Pisano y Ettore Galeas. Las cosas, al parecer, no iban bien. Nadie dudaba de que Sofía estuviera haciendo hasta lo imposible por encontrar a Brueberger y a Compton, pero éstos se habían esfumado. Asimismo, otros dos hombres de Géminis, Mauro Poggi y Cósimo Terni, estaban buscando, aparte de Sofía.

Sin resultado.

Estaba sonando el teléfono, y Dello Jolio parecía no oírlo; se acariciaba la barba, simplemente, muy pensativo.

En vista de que Dello Jolio, tal vez pensando que sería otra llamada negativa, no tomaba el teléfono, lo hizo Luchino.

—¿Sí? ¿Eres tú, Sofía? —inquirió.

—Soy Brueberger.

Luchino casi saltó del asiento.

—Un momento, profesor —graznó.

Dello Jolio alzó vivamente la cabeza, y casi arrebató el teléfono de manos de Luchino.

—¿Profesor? ¿Qué significa esto? ¿Por qué huyó?

—Ya dije que «querría pensarr» a solas. Ustedes me...

—Está bien. Está bien. Acepte mis disculpas. Pecamos por desconfianza; temíamos que usted se negase a colaborar. Supongo que, Dello Jolio se humedeció los labios, me llama por algo concreto...

—He decidido «aceptarr».

—Eso es magnífico —suspiró Dello Jolio—. Diga; ¿vio a Compton?

—Sí. Salía de viaje hacia Alemania. Hablamos, y le pedí «auxiliarres» competentes. Basta uno, si es suficiente.

Dello Jolio, con infinito alivio, miró a sus hombres; la sonrisa de Dello Jolio indicaba que Géminis se anotaba el éxito.

—¿Puede venir, profesor? Le esperamos en...

—Les «agrradecerría» que «pasarran» a «rrrecogerrme».

—Desde luego. No hay inconveniente. ¿Dónde se encuentra?

—En la salida del Puente de la Libertad. Les «aguarrdo» aquí. No dispongo de medios de desplazamiento.

—No se preocupe. Antes de quince minutos será recogido por Luchino Boretti; usted le conoce. Estaba ayer con nosotros. Ha acertado al aceptar, profesor, se lo aseguro. Dentro de media hora, cuando entremos de lleno en materia, puesto que no quiero perder tiempo, lo comprobaré sin lugar a dudas. Todo eso hace que disculpemos los malos momentos que nos ha hecho pasar. Hasta ahora, Brueberger.

Colgó, se frotó las manos con cierto nerviosismo, y miró a Luchino Boretti.

—¿Aún aquí? —Gruñó—. Tú y Ettore id a buscar al profesor. Guante blanco, ¿comprendido? Es un hombre necesario.

Otra vez sonó el teléfono. Aquella vez, Dello Jolio se dio prisa en tomarlo.

—¿Sí? —inquirió.

—Soy Sofía. Lo siento, señor Dello Jolio, pero...

—No te preocupes, todo va bien. Ve a la salida del Puente de la Libertad. Allí está el profesor, esperando que vayamos a recogerlo. Luchino y Ettore van hacia allá en auto. Regresad todos.

* * *

Conducía Ettore. Detrás iba Sofía, con el jorobado y agrio profesor Brueberger, quien, tras un silencio bastante prolongado, entendió que debía decirle algo a Sofía, que le miraba de vez en cuando con cierto rencor.

Tras un fuerte carraspeo, el profesor Brueberger dijo:

—Veo que se «encuentra» bien... Discúlpeme. Temí que la vigilancia fuese algo malo «parra mí...». ¿Le hice mucho daño?

Sofía logró esbozar una sonrisa. Aún le dolían los golpes.

—Puesto que todo se ha resuelto satisfactoriamente, no importa, profesor.

—Nunca había golpeado a nadie. Tenía miedo. «Perro» después de «hablarr» con Compton, entendí que de «serr» ustedes enemigos, me «habrrían» matado sin necesidad de tantos engaños. Compton me convenció de que «parra» mí esta «cooperración» con ustedes suponía la salvación.

La voz del profesor, su fuerte acento alemán, resonaba en el automóvil, que se acercaba velozmente a la villa, que incluso resultaba ya visible, por su emplazamiento en la pendiente de la colina; había luces, había color... era un hermoso lugar, sin duda alguna.

Y ya nadie habló hasta que el auto se detuvo ante la escalinata de acceso a la terraza principal del edificio de la villa. Ettore, tras dejar a los demás viajeros, siguió hasta el garaje. Y allá, en la terraza, sonriente, impaciente, estaba Dello Jolio, quien, estaba claro, perdonaba a Sofía su error. En cuanto a Brueberger, le saludó casi con efusión, como a un querido amigo.

Hablando con él, siempre con tono amable, persuasorio, lo condujo al despacho.

Allí había otro hombre, que esperaba, en pie. Un tipo atlético, pero ya entrado en años, moreno, curtido, con gafas. Luchino y Sofía también entraron en el despacho. Tan sólo era notoria allí la ausencia de Isabella.

—Tomen todos asiento —dijo Dello Jolio, mientras se dirigía a la caja fuerte del despacho—. Voy a mostrarles algo.

Abrió la caja fuerte, sacó el estuche, y con él fue hacia la mesa, donde lo depositó, con gestos del avaro que acaricia su tesoro. Luego, pareció reparar en algo,

y miró a Brueberger y al otro hombre, al tipo atlético ya casi sesentón.

—Ha sido una imperdonable omisión —dijo—. A usted, Andreini, ya le he hablado del profesor Brueberger...

Profesor, le presento al señor Andreini, un oceanógrafo muy capacitado, que formará parte de su equipo.

Los dos hombres, simplemente, se miraron sin despegar los labios. Luego, prestaron atención a Dello Jolio, que abrió el estuche. Radiante su sonrisa, mostró el contenido a los dos sabios, quienes, sin comprender, miraban aquellos veinticuatro insectos, alineados en perfecto orden, bien clavados en el estuche, perfectamente conservados... Un trabajo de experto entomólogo, era indudable.

Insectos de distintas clases: lepismas, balaninos, quermes, efémeras, reducios... A cual más repugnante y raro, eso sí, aunque allí, parecían de oro, con su capa aceitosa de conservación.

—¿Se ha estado «burrando» de mí? —inquirió, con acento irascible, el profesor Brueberger.

Dello Jolio rió.

—En absoluto... Me explicaré: estos insectos, en su interior, debido al ingenio de una mujer, una entomóloga rusa, contienen otros tantos microfilmes. Es decir, veinticuatro películas. Cada insecto de los que ven, por sí mismo tiene sólo un valor relativo. No obstante, la colección posee un valor muy difícil de calcular. La entomóloga rusa supo hacer las cosas bien, y en Moscú ignoran que estos microfilmes, es decir, su contenido, ha salido de Rusia... Eso es lo que le confiere más valor, si cabe, porque los microfilmes contienen una operación estratégica que los rusos podrían anular, de saber que el secreto de dicha operación ha sido violado y los datos obran en manos ajenas. ¿Lo comprenden, señores?

—¿Dónde está la entomóloga? ¿Cómo «sacarremos» de ahí los...?

—No la necesitamos para nada, profesor —sonrió Dello Jolio—. Es lamentable tener que destripar, destrozarse, estos... bichos, pero nosotros vamos a hacerlo sin la menor consideración, ya que lo que nos interesa se encuentra en las entrañas de todos ellos. Están colocados por orden, y cada uno es complemento del anterior; quiero decir que cada microfilme combina con el siguiente, hasta el completo de la operación.

—¿Vamos a «sacarr» «ahorra» esos microfilmes?

—No lo considero necesario, en este mismo instante —cortó Dello Jolio—. Tengo idea de lo que contienen, y voy a explicarme. Luego, usted, profesor, cambiará impresiones con el señor Andreini. Y, es obvio, dispondrán de todo lo necesario, dispondrán de los microfilmes... Pero dejen que me explique primero.

El silencio era absoluto.

Octopus procuraba no adelantarse a los acontecimientos.

—Es un proyecto tan ambicioso —continuó Dello Jolio—, que se diría que es pura fantasía si uno no estudiase detenidamente los medios técnicos de que se

dispone en nuestros días. En mi opinión, los rusos han ideado algo que les proporcionaría el triunfo indiscutible en una guerra. Ahí —señaló los insectos—, está la prueba de que puede llevarse a cabo. Se trata de lo siguiente: los rusos, con proyectiles de gran potencia explosiva y enorme poder calorífico, y esto es muy importante, pueden descortezar, derretir parte de la gran capa de hielos del Polo Norte, a la altura de Canadá, y del Atlántico Norte. Desde la zona más septentrional de Groenlandia, a Barow, Alaska.

Hubo una mirada escéptica por parte de Andreini, quien comentó:

—Se supone que no ignoran el gran espesor de las capas de hielo, señor Dello Jolio. Es, en ocasiones, de tres kilómetros.

—Pues no. No creo que los rusos lo ignoren... Es el dato más digno de consideración para ellos, y, es obvio, se trata de eso: descortezar esas tremendas capas de hielo. Descortezar con fuertes explosiones y fundir por medio del calor especial producido por esas mismas explosiones; más que proyectiles convencionales, lo que piensan utilizar los rusos son proyectiles de gran poder calorífico. En los microfilmes están las zonas de hielos estudiadas y seleccionadas para ser voladas, fundidas más bien.

—Sería una catástrofe, de llegar a ocurrir... —musitó Andreini.

—¿Para quién? —inquirió Dello Jolio, sonriendo.

Andreini pareció asombrarse.

—Salta a la vista —dijo—; para toda América, y para el Atlántico.

—¡Exacto! La previsión de los rusos al respecto es ésta: los hielos, al fundirse, caerían sobre América como una especie de diluvio; las inundaciones serían, como usted bien ha dicho, catastróficas. Un cambio de clima total, radical. Por consiguiente. Estados Unidos y sus aliados, pongamos por caso, tendrían que luchar más contra inundaciones, lluvias, el cambio de clima, etcétera, que contra los rusos.

—Así lo veo —dijo Andreini—. Ciudades enteras serían inundadas; las grandes llanuras podrían convertirse en mares...

—Y con eso, el fin... Pero aún no es todo —dijo Dello Jolio—. El Atlántico experimentaría un gran crecimiento; costas bajas serían inundadas. Por otra parte, grandes trozos de hielos no fundidos, pero sí destrozados, desgajados de su corteza, flotarían sobre el Atlántico en tal profusión, con tal masa, en tal cantidad, que el Atlántico, de súbito, se convertiría en un mar impracticable. Imposible el tránsito. ¿Consecuencias? Bloqueo de América y del Atlántico, y tendríamos una Europa aislada, en manos del enemigo... Éste, entonces, sólo debería ocuparse del Hemisferio Oriental, sin temor a intromisiones de países o potencias de Occidente.

Octopus se removió un poco.

Dello Jolio le miró.

—¿Está de acuerdo, profesor? —inquirió.

—Es un «crimen»... ¡Es «horrible»!

—Eso significa que usted cree que los rusos lo conseguirían, ¿no es así? —sonrió

Dello Jolio.

—Es cuestión de potencia. Si disponen de ella, sí. Y como usted ha dicho, la técnica «crreo» que lo «perrmitirría»... Supone, no obstante, un gasto fabuloso. Es un «prroyecto» «carrísimo». De todos modos, quizá menos «carro» que «ganarr» una guerra «porr» medios convencionales; incluso atómicos... Bloqueo del Atlántico, Europa aislada, «Amérrica» inundada... «Hemisferrio» Occidental en combate...

—Magnífico resumen, profesor.

—¿Y qué hemos de «hacerr nosotros»?

—Bien... Es claro que los rusos, en cuanto inicien la operación, el trabajo de colocar las cargas, el poder explosivo-calorífico, esas fuentes térmicas, se ocuparán al mismo tiempo del control de las mismas. Sabemos, por los microfilmes, los emplazamientos, y también el lugar donde piensan situar los controles independientes por cada fuente térmica que coloquen. Son, en total, doce; el resto de los microfilmes son datos complementarios sobre el proyecto en todos sus pormenores. Como digo, profesor, los rusos van a colocar doce fuentes térmico-explosivas. Cada una de ellas, con su control independiente.

—Me «parece entenderr» —dijo Brueberger—: Usted «quierre» un solo «contrrol».

—Ha comprendido, profesor —dijo satisfecho, Dello Jolio—. Eso es lo que me propongo. De ahí que necesite el mejor hombre disponible para que todos los controles independientes, esos doce controles de otras tantas fuentes térmicas, queden anulados. Y que todas las fuentes aludidas queden bajo el mando de un único control remoto... que será el nuestro. Mi pregunta, profesor, es: ¿puede hacerlo? ¿Puede anular los doce controles independientes, de cuyos datos dispone en su totalidad, y hacer que las fuentes térmicas obedezcan tan sólo a nuestro propio y único control remoto?

Brueberger pareció sumirse en hondas reflexiones. Estaba impresionado, pero por el momento sólo podía pensar en una respuesta consecuente. No podía decir que no, puesto que en tal caso todo acabaría allí para él.

—Sí. Es factible: «anularr» esos «contrroles» independientes, y «someterr» las fuentes «terrmicas» a uno solo... Es factible, «perro» a la vez, muy complejo.

—Lo imagino. No es trabajo de niños ni principiantes, sino de un gran sabio, de un gran experto... ¿Usted puede hacerlo?

—Sí.

—No perdamos tiempo, entonces. Voy a dejar todo esto a su disposición.

—Necesito gente que...

—Usted mismo ha dicho que Compton se encuentra en Alemania, en busca de personal, ¿no es así? —cortó Dello Jolio.

—Sí.

—Ahora, de momento, tiene a Andreini. Juntos, estudian los emplazamientos de las fuentes térmicas que piensan situar los rusos. Andreini, con toda exactitud, le

indicará los puntos débiles, las capas de hielo más susceptibles de provocar la catástrofe. Y le ayudará a buscar el punto clave para situar nuestro control. Andreini se ocupa del terreno, y usted del resto, profesor. Y todo esto, miró los insectos, será de nuestro dominio, todo esto estará bajo el dominio, bajo el signo de Géminis.

Octopus observó el brillo de los ojos de Dello Jolio.

No hizo comentarios.

Él, Octopus, tenía una misión: aplastar a Géminis.

Géminis... ¡Era tan sugerente para el cerebro de Octopus!

—¿Dónde hemos de trabajar? —inquirió Andreini en aquellos momentos.

—En la villa. Van a disponer de paz, calma, tiempo, medios... Tengo preparado para ustedes un anexo, que pensaba convertir en invernadero. De momento, será su alojamiento, y el del equipo técnico completo. Ustedes son, de momento, todo el bagaje técnico con que cuenta Géminis, pero lo considero suficiente, para empezar. Brueberger estudiará los controles independientes, y empezará a ver el modo de anularlos. A continuación, y es la parte más importante de su trabajo, trazará ya el bosquejo, la idea, de nuestro control único.

Andreini se puso en pie.

—Estoy un poco cansado —murmuró.

—Lo comprendo. Usted, profesor, también descanse esta noche —miró a Sofía, y agregó—: Cualquier cosa que necesiten, será atendida por Sofía.

—¿Más vigilancia? —inquirió, ceñudo, Brueberger.

Dello Jolio esbozó una sonrisa.

—No sea tan susceptible, profesor —dijo, con tono conciliador—. Sofía, sencillamente, les atenderá en cualquier deseo o necesidad que ustedes experimenten. Creo que debemos prescindir ya de cualquier desconfianza o recelo entre nosotros. Señores: les he explicado algo muy importante. Eso implica ya confianza, seguridad, en que nuestra mutua colaboración será un éxito.

—Hay una cosa... ¿Qué piensa «hacerr» usted, una vez el «control remoto» único sea una «realidad» en sus manos?

Dello Jolio reflexionó unos instantes.

—Bien... Comprendo la pregunta, es lógica. Y debo decir la verdad, ya que de ahí saldrán los beneficios en que vamos a participar todos. Una vez realizado nuestro proyecto, enviaremos a la Casa Blanca, en Estados Unidos, una copia exacta, fotográfica, de los microfilmes, con la operación completa, omitiendo tan sólo el emplazamiento de las fuentes térmicas y nuestro control, claro está. A la vista de ello, podemos pedir millones y millones de dólares. Pero esto está aún en estudio. Vayamos a lo positivo: a dominar, a que todo quede bajo el signo de Géminis. ¿Satisfecho con la respuesta, profesor?

—Desde luego...

—Entonces, pueden retirarse.

Octopus miró los insectos; vaciló. Miró a Dello Jolio.

—Puedo examinar esta noche todo lo relativo a controles —sugirió.

—Bien...

—¿Algún inconveniente? —se sorprendió Brueberger.

—Realmente, no lo veo... Por otra parte, lo considero incluso lógico: usted está impaciente, adivina un apasionante trabajo.

—En efecto.

Dello Jolio aún vaciló un instante, pero cerró el estuche y lo empujó hacia Brueberger.

—Es suyo, profesor —dijo—. Adelante.

Brueberger tomó el estuche. Miró a Sofía.

—¿Nos instala, «por favor»? —inquirió.

—Desde luego, profesor.

CAPÍTULO VII

Era un lugar no muy grande; una sola planta, con cuatro habitaciones, y un salón. Allí, en el salón, se instalarían todos los elementos necesarios para el trabajo. Había servicios, baños, cocina... Todo en perfecto orden, ya preparado.

Lo primero que hizo el agente Octopus fue sentarse, abrir el estuche, y, con sumo cuidado, ir destripando los insectos, para descubrir los correspondientes microfilmes. En efecto, allí estaban los diminutos rollos de película, recubiertos de una capa plástica que impediría cualquier deterioro.

Andreini, que le había estado observando, propuso:

—¿Un poco de café, profesor?

—«Grrracias»... ¿Va a «quedarrse» conmigo esta noche?

—He efectuado un largo viaje... De todos modos, quisiera echar un vistazo al emplazamiento, siquiera para empezar a tener una pequeña idea de las dificultades del terreno.

—De «acuerrdo».

Andreini salió del salón, en busca de Sofía, que estaba en el *hall*, preparando cosas, ultimando lo que podían ser consideradas comodidades para aquellos científicos. Sin despegar los labios, escuchó a Andreini, y se dirigió hacia la cocina, para preparar el café solicitado. No le gustaba el oficio de criada, pero entendía que Dello Jolio prefería, en tanto la confianza no fuese absoluta, tener a alguien cerca de aquellos microfilmes de vital importancia.

Cuando unos minutos más tarde entró en el salón con el café, vio que los dos hombres, con visores especiales, estaban examinando los microfilmes. Ni le hicieron caso cuando dijo:

—El café... ¿Algo más?

Ni le respondieron, y salió de allí, encogiéndose de hombros.

Octopus, realmente, entendía muy poco las fórmulas, los dibujos, aquellas expresiones. Su atención, de todos modos, estaba ya fija en otro punto; en su acción, que era ya imprescindible. Distráido, aparentemente al menos, alargó la diestra hacia el café, hacia las tazas; hizo una leve, imperceptible manipulación, y luego tomó una de las tazas.

—Tome su café... —dijo, dejando todo, y mirando a Andreini.

—¡Oh, sí, lo había olvidado!

Bebieron un sorbo los dos hombres.

—¿Tiene ya alguna idea, Brueberger? —inquirió Andreini.

—Es «prrronto» aún. «Perro» no «esperro» muchas dificultades... Hay mucho de convencional en los «contrroles» independientes de los «rrusos». Son fáciles de «anularr».

—Ya...

—¿Y usted?

—Yo... yo... —Andreini trataba por todos los medios de abrir los ojos.

Bebió más café.

Sí, un poco más.

Aquello le despejaría.

No obstante, se sentía inmerso en una extraña pesadez, como flotando, con visos de hundimiento en una masa densa, oscura...

—Será mejor que se vaya a dormir —dijo Malcom.

Habló sin esforzarse ya por su acento, puesto que estaba seguro de la impotencia de Andreini, quien, sin poder ni siquiera hablar, se puso en pie.

Octopus sabía que Andreini llegaría a su habitación con el tiempo justo para dejarse caer sobre el lecho, y allí dormir muchas más horas de las previstas, a causa del fuerte narcótico vertido en el café de su taza, poco antes, por el propio Malcom. Éste, por su parte, ya a solas, actuó de otro modo. Recogió todos los microfilmes, sin preocuparse del orden, y extrajo del bolsillo un pequeño estuche de plástico, impermeable, flexible, en el que guardó todos los microfilmes. A continuación, con paciencia, fue dejando los insectos como estaban, dando la impresión de que dentro estaban los microfilmes, dejados ordenadamente, tras un primer examen. Satisfecho del resultado, con los bichos disecados ante su vista, esbozó una leve sonrisa.

Se dirigió hacia la puerta del salón, abrió, y echó un vistazo. Vio a Sofía en un sofá, fumando, cruzadas las maravillosas piernas, un tanto descuidada la postura; pero no se movió, aun habiendo descubierto a Brueberger.

Éste llamó:

—Sofía...

Ella se puso en pie, y se acercó. En vista de que Brueberger se metía en el salón, ella hizo lo propio. Miró hacia el estuche, y lo vio todo en orden.

—Andreini no ha soportado el cansancio, profesor. ¿No piensa ir a dormir, usted?

—Luego... He examinado ya algo de todo esto, y...

—¿Va a explicarme a mí sus conclusiones?

Brueberger vaciló.

—Debe «disculparme»... Tome un café conmigo, Sofía. Voy a «decirle» lo que «necesitaré» para mañana...

El propio Brueberger vertió el café en las tazas. Tendió una a Sofía, la cual, mirando a Brueberger, a aquel desagradable y áspero tipo jorobado, sorbió café. Tenía un saborcillo algo extraño; no se había lucido, precisamente, al hacerlo. Mientras, notaba muy fija la mirada de Brueberger en ella. No veía las manos de Brueberger, que las tenía bajo la mesa.

—¿Ocurre algo? —inquirió, suspicaz.

—Sí. Primero: la estoy apuntando por debajo de la mesa con mi pistola. Ni es vieja, ni me tiembla la mano, y lleva un tubo silenciador acoplado. Andreini, por otra

parte, tiene sueño para horas... Y con usted es distinto: acabo de envenenarla, Sofía. Puede salvarse vomitando, pero antes la mataría a balazos que permitiríselo, a menos que responda, con sólo dos minutos de tiempo, a mis preguntas.

—Eso es mentira... ¿Quién es usted? ¿Y su acento alemán? —Se sobresaltó, de pronto, Sofía.

—Resulta inútil y engorroso en estos momentos. Aparte de que los dos minutos es un lapso de tiempo muy corto. Primera pregunta: ¿quién mató a Ivonne Bray?

—Usted... usted es de la CIA...

—En efecto. Y su comentario, casi responde a mi pregunta. Usted asesinó a Ivonne Bray, la sustituyó, y salió al encuentro de la Baarova, apoderándose del estuche de la entomóloga. Éste. El que contiene los microfilmes, que ahora están en mi bolsillo. Los destruiría, pero no puedo hacerlo... aún. ¿Por orden de quién mató a Ivonne Bray y Olga Baarova? Orden de Géminis, supongo.

—Yo... Sí, sí, claro.

—Géminis, claro... Y usted es Géminis también. Otra pregunta: ¿Qué sucede con Isabella? No la he visto esta noche.

—Lo ignoro.

—Pocos segundos ya, Sofía. La vida se va.

Sofía tragó saliva. Se le dilataron las pupilas, notaba que el cuello se le estrechaba, que no podía respirar... Sólo podía reaccionar de un modo: echarse hacia atrás, ya con los dedos en la boca, hundidos en la garganta, para provocar el vómito. No obstante, ya no tuvo tiempo: actuó el veneno. Cuando cayó al suelo derribando la silla, estaba muerta, ofreciendo un hermoso espectáculo... que iba perdiendo color y calor, a medida que la piel de Sofía empezaba a parecer de mármol.

Octopus se puso en pie, inescrutable el falso rostro. ¿Piedad? ¿Compasión? No para una asesina, que, simplemente, había sido ejecutada... antes de que cometiese más asesinatos.

Tras observar un par de segundos a la asesina Sofía, apagó la luz del salón, y lo abandonó; apagó luego la luz del vestíbulo. Daba la impresión de que allí se había terminado la actividad, de que todo el mundo descansaba. Incluso en la casa, en el edificio principal de la villa, había luces.

Desde una ventana, Malcom miraba hacia el laberinto de setos, y su boca estaba torcida en una sonrisa. Sería curioso ver lo que sucedía allí...

Por un instante, abandonó la ventana, acercándose al teléfono. Dudó un poco, pero ya estaba decidido lo que debía hacer. Por consiguiente, empezó a desnudarse, a despojarse de toda aquella caracterización. Fuera ropas viejas, la joroba, la cabellera, las falsas cejas y la rala barba...

Apareció, dos minutos más tarde, el gigante rubio, vestido de oscuro. Un tipo atlético, que recuperó de las viejas ropas sólo el paquetito de plástico que contenía los microfilmes, y la pistola. Sólo eso.

Con el equipo del profesor Brueberger hizo un paquete, y tras mirar en torno, fue

hacia el sofá situado en un ángulo del *hall*. Se inclinó, extrajo un instrumento cortante del bolsillo, destripó el sofá por debajo, y allí lo ocultó, empujando las ropas, los postizos y camuflajes hacia arriba.

Luego, sí; el teléfono.

Marcó un solo número, ya que había estudiado el dispositivo de teléfonos interiores. Y llegó la respuesta. Era el propio Dello Jolio, a quien, por lo visto, la excitación no dejaba dormir aquella noche.

—¿Sí? —inquirió.

—¡Soy Brueberger! —chilló Malcom—. ¡Corran, se escapa...! ¡«Andreini» ha «robado» el estuche, y se escapa! ¡Corran! ¡Va hacia los setos! ¡Me «parece» que ha matado a Sofía! ¡A mí me ha golpeado! ¡Salgo a «perseguirle» yo también, y...!

—¡Quédese donde está, profesor, no corra riesgos! —aulló Dello Jolio—. ¡Es una orden, no se mueva! ¡Nos ocuparemos nosotros de Andreini, el maldito traidor...! ¡Le aseguro que no saldrá de la villa!

Malcom apartó el oído; le habían colgado con violencia. Sonrió levemente, y colgó a su vez. Miró hacia los setos.

Por lo pronto, habían aparecido más luces; todo era indicio de alarma. Y ocurría algo más, pero Malcom ya prefirió contemplarlo fuera de aquel anexo. Se deslizó al exterior, camuflándose de modo perfecto, mirando hacia los setos.

Lo esperaba.

Su examen de aquel mediodía había dado en el clavo.

De los setos, de pronto, empezaron a aparecer, a crecer a considerable altura, mallas metálicas. Barreras metálicas, redes inexpugnables que convertían en un laberinto electrificado todo aquel entramado de setos, que ocultaban las ranuras por las cuales aparecían las redes metálicas, electrificadas, en casos de emergencia.

Por lo que podía ver Malcom, que era bastante, ya que el exterior de la quinta se hallaba, en aquellos momentos, profusamente iluminado, era prácticamente imposible que un hombre encerrado en aquel laberinto saliera libre... Y mucho menos, si cometía la estupidez de tratar de salvar una de aquellas vallas o redes metálicas: quedaría achicharrado por la descarga eléctrica.

Un auténtico y mortal laberinto, hacia el que corría gente. Ettore, Luchino, Ecio... Tomaso incluso. Y el propio Dello Jolio, que parecía hervir de ira. Y gritaba órdenes, relativas a la conservación de los microfilmes.

Con relativa tranquilidad, Octopus se dirigió hacia la casa, hacia el bello y moderno edificio principal de la villa. Para el acceso, tenía la puerta de atrás, o la lateral del garaje... A elegir. No obstante, prefirió trepar por una ventana, desplazarse por una cornisa, lateralmente, de modo que no podía ser visto, y asomarse a aquella ventana en la que había luz.

Llegó desplazándose con cuidado, con sigilo, mientras oía todo lo que se gritaba abajo: las conminaciones a Andreini, las advertencias del serio peligro que corría... Le exigían demasiado al dormido Andreini, tan profundamente dormido.

Y al mirar por la ventana, Octopus comprendió.

Géminis... ¡Géminis! La pieza que no encajaba... Por fin la mente de Octopus daba con la verdad, al ver a aquella mujer sobre el lecho, de costado, de cara a la ventana, atada, amordazada... Ya sin preocupaciones, Octopus abrió la ventana, y pasó al interior del cuarto, corriendo luego hacia el lecho.

—¡Isabella, amor mío...! —gimió—. ¿Qué te han hecho?

Se apresuró a quitarle la mordaza, a besarla en los labios, varias veces, como si en verdad estuviera desesperado de amor. Y ella, aún sin poder mover los brazos, se arqueaba, para pegarse a él, para corresponder a sus besos, sollozando...

—Malcom... Malcom... corre la cortina, ven luego, y apaga la luz... ¡Corre! —decía ella, roncamente.

—S... sí... Sí, sí... Isabella... ¿qué es lo que ocurre? Casi me matan... Es decir, he tenido que ocultarme, y saltar con riesgo de mi vida... Entrar por la ventana... Quería verte otra vez, saber que lo de este mediodía era locura, mentira, sueño, pesadilla...

Pero corrió la cortina y apagó la luz, yendo luego al encuentro de Isabella.

—Desátame, amor... Desátame... Quiero estar en tus brazos.

—¿Qué ocurre ahí fuera? Parecen locos...

—No lo sé... Ni me importa. Desátame.

Malcom lo hizo. Acarició cuanto pudo el cuerpo de Isabella, que se estremecía; y luego, la voz de él en su oído:

—Lo sabía... Lo sabía, Isabella. Puedes ser, eres una mujer hermosa, excitante. Lo habías hecho por mí, y sin embargo, esta mañana, en el comedor... Pienso que no eras tú.

—¡Claro que no era yo! ¡Si supieras lo que he sufrido! Todo por culpa de Carlo. Fue Carlo quien me sustituyó...

—¡No es posible! ¡Isabella, eso no es posible!

—¡Es la verdad! Somos gemelos idénticos. ¿Comprendes ahora? Nuestro parecido es prácticamente total, a excepción, es obvio, de los detalles que distinguen los sexos. Él, para disimular ese parecido, usa barba postiza, y el bigote, y las cejas... Llevamos una vida parecida, en alimentación, comida, bebida; guardamos las proporciones, dentro de lo que cabe. Y es que a veces, él me ha sustituido a mí, disfrazándose de mujer, y yo, en otras ocasiones, le he sustituido a él, disfrazándome de hombre, sin que jamás, nadie, haya notado el cambio... ¡Y eso es lo que hizo hoy, cuando supo que yo iba a recibirte!

Malcom, en la pausa, sintió aquellos ardientes labios apretando los suyos; un cuerpo que estrujaba el suyo, que se estremecía, que vibraba...

Octopus no se sentía muy satisfecho de sí mismo, por no haber descubierto antes la verdad. Con el disfraz de mujer, Dello Jolio le había engañado completamente, sin paliativos.

—Mi hermano temía que por ti se deshiciera Géminis. Nosotros, por lo de

gemelos, ideamos ese nombre para ciertas actividades. Él era yo y yo era él, cuantas veces era necesario; a veces, convenía matar; asesinar... Por encargo, claro. O robar. O engañar, o estafar, o realizar juegos sucios... Teníamos siempre una gran ventaja... Todo lo que tenemos hoy en Venecia, y me refiero a la villa, a los grandes negocios marítimos, casi todo sucio contrabando, lo debemos a nuestra unión, a nuestro parecido, a Géminis. Pienso que es lógico que Carlo se resistiera a que Géminis pudiera sufrir una grieta. ¿Lo entiendes?

—Yo... yo no podía imaginar eso, Isabella... Sí que algo ocurría... Tú... Es decir, él, me despidió para siempre, pero no podía conformarme, porque te amo... Eres tan hermosa...

—¿No te horrorizas de mí? ¿Por todo lo que te he explicado? —inquirió Isabella, en susurros.

—No sé... Me siento aturdido...

—Malcom, amor... voy a tener que matarte...

—Isabella... N... no... no hablas en serio...

—He hablado mucho. Pero ¿sabes por qué?

—Yo...

—Tenías una pistola. Ahora, está en mis manos, Malcom... ¿Qué significa la pistola? ¿Qué ocurre ahí fuera? Malcom, cariño, apártate de mí ahora... Lo siento profundamente, porque tengo que confesarte que todo me empuja hacia ti. Hubieras sido el único hombre de mi vida. Pero estoy en peligro, lo presiento... ¿Qué significa esta pistola automática con silenciador? ¿Qué ocurre en el exterior? Ya no me toques más, amor mío... Cedería ante ti, y no puedo... ¡No puedo! ¡Apártate o disparo todo el cargador contra ti!

—Isabella... —gimió Malcom—. ¡Me asustas!

—Dime la verdad, Malcom. ¡Yo he sido sincera contigo!

Se veían bien, ya habituados a la penumbra; se distinguían bien. Él, como un coloso lloriqueante, postrado sin saber reaccionar, al parecer; ella, magnífica, sentada en rara postura en el lecho, con el cuerpo casi al descubierto, las formas erguidas del busto tras el liviano camisón, pistola en mano apuntando a Octopus.

—La verdad, Malcom —exigió Isabella.

Malcom, de pronto, rió; breve, seco.

—Me dijeron que eras la más peligrosa, Isabella. Y estoy de acuerdo. Carlo fue muy hábil, tengo que admitirlo, en su engaño. No obstante, ahora, con su gente, está corriendo como un imbécil por el laberinto electrificado, en busca de... nadie. Les he hecho creer que Andreini huye con los microfilmes camuflados en los insectos, cuando, en realidad, Andreini duerme. Los microfilmes los tengo yo.

—Dámelos —dijo, seca, alarmada, Isabella.

—Luego, amor. Me has explicado una escalofriante historia de crímenes; la de Géminis. Podría, a mi vez, explicarte algo de Octopus, agente de la CIA.

—Oh, no... Eso no, Malcom. ¡Eso no lo creeré jamás! ¡Tú no puedes ser

Octopus! Tú eres sólo un tonto encantador, aunque confieso que ahora me has desconcertado...

—Tú has sido sincera, y yo también, Isabella: Géminis contra Octopus.

—¡Dame los microfilmes!

—No, Isabella. Esos microfilmes tienen que llegar a Washington, y te explicaré por qué: con ellos, con una copia, Washington hará saber a Moscú que tenemos el proyecto en nuestras manos; les haremos comprender que ese proyecto es ya inútil, y que desistan de él. No habrá amenaza de guerra, de bloqueos, de inundaciones, de millones de muertos, de inutilización del Hemisferio Occidental. No habrá nada de eso. Así pues, llegarán a Washington, y Rusia no podrá realizar ese proyecto.

—Siempre y cuando tú salgas de aquí con vida con todo ese proyecto filmado por la Baarova.

—Cuento con eso, naturalmente.

—¿Aún con la pistola en mis manos?

—Pero las balas en mi bolsillo, Isabella.

Isabella palideció tan bruscamente, que incluso en la penumbra fue perceptible el tono blanquecino de su tez.

Apretó los labios.

Al instante, sin más, empezó a disparar.

Cierto: las balas estaban en el bolsillo de Octopus.

Y ella, furiosa, quiso atacar a Malcom con la pistola; pero éste ya estaba preparado, y detuvo el golpe; atrapó la muñeca de Isabella, y la retorció. El arma cayó sobre el lecho. Luego, algo que quizá no esperaba Isabella: un tremendo bofetón, que la tiró del lecho, quedando sobre la moqueta del piso, en desairada postura, desgredada, con el cabello suelto por el rostro, y los ojos casi fuera de las órbitas.

Oyó unos quedos pasos.

Veía a Octopus ante ella, pistola en mano, pasando las balas al cargador, tranquilo, impassible el rostro.

—Malcom... Malcom, amor mío... Todo esto es un disparate. Tú y yo... tú y yo no podemos ser enemigos...

—No te arrastres, Isabella. Géminis contra Octopus, te lo dije. Si has oído hablar de mí, sabrás que hay cosas que no perdono.

—¡No puedes matarme, no puedes...!

—Tranquilízate. Siempre es mejor morir con serenidad.

—No... no vas a matarme así...

—Antes quiero que me digas algo. No vamos a hablar sobre vuestras actividades en el puerto de Venecia, sobre esos asuntos marítimos sucios; eso va a morir. Ya lo dije: se va a hundir todo, menos Venecia. Venecia, de momento, seguirá en pie. Responde: ¿tenéis una salida de emergencia en la villa?

—Sí... Sí, por supuesto.

—Lo imaginaba. Vamos, Isabella. Guíame.

—Pero no saldrás, no podrás...

—Vamos.

La agarró por los cabellos, y de un tirón la puso en pie, para, sin transición, empujarla hacia la puerta, contra la que se estrelló Isabella. Isabella, que se había soltado el cabello, que se había puesto hermosa, que se había convertido en una mujer excitante, para morir... y no de amor precisamente. Para morir a manos del implacable Malcom Shanon, el agente Octopus.

De todos modos, aún aturdida, Isabella quiso aferrarse a una posibilidad. Iría con Malcom hasta la trampa del helicóptero... Sí, iría hasta allí, y...

Iba por el pasillo, empujada, zarandeada, aturdida. Sus pasos eran vacilantes, se sentía humillada... Sus carnes a la vista, su cuerpo inútil contra aquel vendaval, contra el acero de aquel hombre.

—Rápido —gruñó Malcom—. Dentro de poco comprenderán el engaño, y dejarán de buscar a Andreini en el refugio. Lo encontrarán en el anexo, y a Sofía muerta, y el profesor Brueberger, que soy yo, no estará, y atarán cabos... ¡Rápido!

Hacía un poco de frío en el exterior. El camisón de Isabella parecía volar bajo el vientecillo. Iban hacia aquel suelo raso... Y allí se abría la trampa; quedaban varios metros cuadrados al descubierto, y el helicóptero abajo.

—Ahí... ahí está el helicóptero... —señaló Isabella.

—Adiós, amor.

—Malcom... ¿Y si te dijese que te amo realmente?

—Éste no es momento de estupideces, Isabella.

—No es ninguna estupidez: realmente, con todo mi corazón, ¡te amo!

—Pues lo siento por ti. En lo que a mí respecta, realmente con todo mi corazón, siento asco por ti.

—¡Malcom! ¡Has olvidado nuestro momento de amor en el jardín, has olvidado...!

—Para mi desgracia, no he olvidado nada. Espero... que todo esto termine pronto, y que me sucedan cosas mucho mejores que ésta, que me ayuden a olvidar. A olvidar aquella porquería, y a olvidar estas absurdas mentiras tuyas. Llevo muchos años de vuelo, Isabella. La frase «te amo» la he oído muchas veces... Pero sólo desde hace muy poco tiempo me doy cuenta de lo vacía que resulta en muchísimas ocasiones.

—¡Te amo!

—Estás perdiendo el tiempo. Hace unos minutos, cuando tenías la pistola en la mano, estabas dispuesta a matarme. Y si no lo hiciste, fue porque la pistola no tenía balas. No vas a creerlo, quizá, pero estoy... a punto de vomitar, porque siento asco incluso de mí mismo. Pero con asco o sin asco, cualquier cosa que tú creas que existió entre nosotros, ha terminado, eso es todo. Y ahora, perdóname, pero tengo cosas que hacer...

—¡No te permitiré marcharte! —Se acercó ella—. ¡Nunca permitiré que me dejes...!

—No seas ridícula —frunció el ceño Octopus—: estás completamente desfasada en el tiempo y en los sentimientos, Isabella. Déjame subir al helicóptero...

Como una auténtica fiera. Isabella Dello Jolio saltó contra Octopus, lanzando un rugido de bestia furiosa que puso de punta el vello del espía americano. Por un instante, las afiladas uñas de la mitad de Géminis estuvieron sobre los ojos de Malcom, que ladeó el rostro justo a tiempo para evitar que sus globos oculares fuesen pinchados, reventados, por aquellas uñas de gata, que lanzó otro rugido al fallar su ataque, e insistió, tirándose con todo el peso de su cuerpo contra Shanon, dispuesta a derribarle, sin duda con la idea de caer sobre él e insistir en dejarle ciego y a su merced...

Plop, chascó la pistola de Octopus.

No hubiera sido fácil saber cuál de los dos quedó más sorprendido. Octopus quedó como petrificado, lívido. Isabella retrocedió, llevándose las manos al vientre, manteniendo sus ojos fijos en los del agente de la CIA. Su boca se abrió y se cerró varias veces, todo su cuerpo se estremeció, sus ojos parecieron ir agrandándose como si no tuviesen un límite de tamaño.

—Perro... —jadeó—. ¡Perro, perro, perro...!

—Has sido tú misma —susurró Malcom Shanon—. Tú misma me has hecho apretar el gatillo, con tu empujón. Yo no pretendía esto, Isabella...

—Lo... lo sé... Y por eso te... te digo... ¡perro, perro, perro, per...!

Isabella Dello Jolio enmudeció de pronto, sus ojos parecieron convertirse en bolitas de vidrio; acto seguido, cayó hacia delante de bruces.

Durante unos segundos, Octopus estuvo contemplándola. Luego, tras apretar los labios con un gesto de resolución, se dirigió en busca del helicóptero.

CAPÍTULO VIII

La ira estaba desbordada. Sofía muerta, Andreini dormido, nadie en el laberinto... Dello Jolio cambiaba de color, sus puños se abrían y cerraban, su rostro era un puro espasmo... Los demás, atónitos, comprendían, como Dello Jolio, la verdadera jugada.

—Está bien, no puede estar lejos. Todos a por Brueberger —dijo Dello Jolio—. Vosotros a un auto. Yo iré a por el helicóptero, y batiré la zona. Os indicaré la posición de Brueberger cuando le localice. ¡No os quedéis pasmados!

A correr todo el mundo.

Atrás, una muerta, y alguien a quien era imposible despertar, de momento. Y un laberinto electrificado, mortal, pero inútil... Y un tipo demasiado astuto, suelto.

—... Pero te atraparé, perro, te atraparé... Te tragarás los dientes, las «erres»... ¡Te haré pedazos!

Lo mascullaba Dello Jolio, mientras corría hacia la trampilla donde estaba el helicóptero.

Al llegar, se sorprendió al ver que estaba abierta. Su primera reacción fue pensar en Isabella.

—¡Isabella! —llamó.

Y oyó una voz tranquila, sin «erres», una voz... familiar, conocida; sí, la había oído antes:

—Baje, Carlo. Isabella está aquí.

—¿Quién...?

—Abajo. Desde cinco metros jamás he fallado un disparo, y le veo perfectamente. ¡Abajo!

Se veía el perfil del helicóptero; ninguna luz, de las rojas adosadas a las paredes del agujero, estaba encendida. No obstante, la silueta del helicóptero, y la de Malcom Shanon, eran visibles.

—Usted... Usted, Shanon...

—Acérquese, Carlo. Le mostraré a Isabella. ¡Venga!

Le agarró con la zurda por la solapa de la chaqueta, tiró de él, y luego le dejó junto al cuerpo de Isabella, que tenía todo el busto manchado de sangre, el camisón adherido a la carne, sangre también en la boca...

Antes de que Carlo reaccionara, Malcom le arrancó la barba de un tirón, y gruñó:

—Adentro, Carlo. Como ve, no necesito hacerle pregunta alguna. Sólo me resta acabar con todo Géminis. Mi puesto está frente a los mandos. Usted es sólo un acompañante. Pero para que lo sepa, le diré que soy, o lo parezco, un hombre de ocho brazos y mil ojos. No intente ni pestañear. Arriba.

—¿Qué... qué pretende? Usted no ha podido...

—Yo puedo muchas cosas, Carlo. Usted ha sido Carlo, y ha sido también Isabella.

Pues bien: yo soy Octopus Malcom Shanon y Brueberger. Y hay más: lo de salvar Venecia era para hundir Géminis. En marcha... Por los rumores oídos, su gente ha salido en auto, ¿no es así? Ya buscan al profesor.

—S... sí...

—Inútil búsqueda, ¿no cree? El profesor también tiene interés en buscarles a ellos...

Otra cosa, Carlo: ¿tiene arsenal en el helicóptero?

—Alguna granada... Una vez tuve que salir en persecución de...

—No necesito saber más. Deme una. Es decir, déjela a mis pies. Un par, vaya. Octopus, a pesar de todo, podría fallar alguna vez... pero no dos. Déjelas ahí, a mis pies, eso es... Y estese quieto ahora. Aquí, la única guerra ha sido la nuestra, y ya está resuelta.

Dello Jolio estaba completamente apabullado, anonadado; era incapaz de ofrecer un conato de resistencia; era incapaz de sentir otra cosa que obsesión hacia el hombre que tenía junto a él, y que estaba remontando el helicóptero, que ya lo hacía sobrevolar por el laberinto electrificado...

—¿Ve el auto, Carlo? —inquirió Malcom.

Carlo se removió inquieto en el asiento contiguo al de Malcom, pero éste lo miró vivamente, y gruñó:

—No cometa tonterías, Dello Jolio. Ya tiene bastante mal las cosas. ¿Ve el coche?

Dello Jolio se mordió los labios, y miró en la dirección de la marcha del helicóptero.

Tras unos segundos de atención, murmuró:

—Sí... Lo veo. Va a salir ahora al camino de Torcello...

Malcom remontó algo más el vuelo, aumentó la velocidad, y pasó por encima del coche, dejándolo atrás. Más allá, giró, emprendiendo el regreso con cerrado círculo. Sabía perfectamente que desde el coche, los tres asesinos de Géminis veían el helicóptero, aunque, por supuesto, debían creer que lo pilotaba su jefe.

Sonriendo secamente, Octopus tomó una de las granadas, y la dejó colgando de sus dientes por medio de la espoleta, con seco gesto, dedicando de nuevo ambas manos a los mandos. Junto a él, Carlo Dello Jolio le miraba de reojo, lívido. Era el final... Si ocurría lo que estaba planeando Malcom Shanon, aquello sería el final definitivo de Géminis...

De pronto lanzó un grito de rabia, y se abalanzó contra el espía americano.

—¡Maldito seas, te voy a...!

—¡Quietos, estúpido! —aulló Malcom—. ¿No comprende que...?

El helicóptero dio un terrible bandazo, y por un instante pareció a punto de desencuadernarse, todo crujió. De un codazo, Malcom tiró hacia su derecha a Dello Jolio, que continuaba rugiendo maldiciones bestiales, desorbitados los ojos... El helicóptero dio otro bandazo, y Octopus tuvo que soltar los mandos para sujetarse al montante de la portezuela corredera, que, como la del otro lado, estaba abierta. Un

nuevo bandazo del helicóptero, un grito de sobresalto del espía, y un nuevo codazo a Dello Jolio. Acto seguido, Malcom enderezó el helicóptero bruscamente... y se volvió a mirar con expresión desorbitada a Dello Jolio, que debido al brusco enderezamiento del aparato, había salido disparado por la portezuela.

—¡La madre que te...! —jadeó Octopus—. ¡Tú te lo has buscado!

Desde el coche, los tres hombres, que habían seguido las peligrosas evoluciones del helicóptero con los ojos muy abiertos, vieron salir despedido aquel cuerpo humano, que descendió velozmente, girando en contorsiones terribles, hacia el suelo. Llegó al camino, y allá pareció explotar, saltaron zapatos...

—Pero... ¿qué está pasando? —aulló Luchino.

El auto fue detenido, y los tres se apearon, echando a correr hacia aquel cuerpo que se había reventado contra el suelo a poca distancia de ellos. En unos segundos, los tres estuvieron inclinados sobre aquellos reventados despojos humanos. Hubo unos instantes de desconcierto, de incredulidad, hasta que Ettore exclamó:

—¡Es el jefe! Sin barba, pero es él...

El helicóptero, que se había alejado unos doscientos metros recuperando la estabilidad de vuelo, volvía. Hasta el más tonto de los criminales tuvo que comprender que un aparato no podía volar solo, y que la caída de su jefe implicaba, sin lugar a dudas, que el aparato llegaba pilotado por un enemigo.

Luchino fue el primero en sacar la pistola, gritando.

—¡Disparadle! ¡Hay que abatirlo como sea...!

Comenzaron a disparar los tres. En el helicóptero, Octopus oyó el crujido de algunas balas al pasar muy cerca de la cabina, y el impacto de otras en el fuselaje. Sus dientes estaban apretados en un gesto de resolución... y para sujetar la granada. Su mano izquierda soltó los mandos, asió la granada, y dio un fuerte tirón. La espoleta quedó entre los dientes, la granada en la mano... para salir al segundo siguiente por el aire, describiendo una curva reluciente.

Fue a caer, justamente, delante de los tres hombres. Se alzó un pequeño volcán de fuego violentísimo, que alzó por el aire a los tres hombres que habían estado disparando, y zarandó al que yacía en el suelo. Por un instante, en la roja llamarada de la explosión, Octopus pudo ver perfectamente la pequeña masacre de tres asesinos, de los tres últimos miembros activos de la organización Géminis... de los tres últimos tentáculos.

En cambio, a él, a Octopus, nadie le había cortado ni siquiera un solo tentáculo. Como siempre, los suyos habían sabido envolver al enemigo, y ser mucho, muchísimo más fuertes.

Malcom Shanon, Octopus, escupió fuera del helicóptero la espoleta que había estado sujetando con tanta fuerza, y se alejó de aquellos lugares.

Casi todo había terminado.

Casi.

* * *

Tres días más tarde, apenas anochecido, la motora que conducía Fiorella llegaba, ya a motor parado, mansamente, junto a la góndola-carroza. Detrás de la colaboradora de la CIA iban dos hombres, uno de alrededor de sesenta años, el otro de alrededor de treinta. Los dos silenciosos, sombríos. Miraron a Fiorella cuando ésta se movió hacia ellos y murmuró:

—Ésa es. Les están esperando.

Sergei Baarova e Igor Bohdasky asintieron, siempre en silencio, y pasaron a la góndola. Apartaron las cortinillas, y entraron en el reducido espacio que, habitualmente, estaba ocupado por una pareja amorosa.

Pero no había allí pareja alguna. Sólo un hombre, en una esquina del asiento. Un hombre del cual sólo podían ver su imponente envergadura física. Alto, atlético, fuerte, con la tranquilidad del felino en reposo...

—Yo soy Octopus —dijo aquel hombre, en ruso—. Quiero decirles, ante todo, que la CIA no tuvo nada que ver con la muerte de Olga, su hija y esposa. Todos lo lamentamos, pero yo lo hago de un modo personal, pues siempre me entristece la muerte de personas que con su acción han contribuido de un modo u otro al mantenimiento de la paz... o cuando menos, de lo que llamamos paz. Y que dure. Supongo que han sido puestos al corriente de lo que sucedió.

—Sí —murmuró el ruso de más edad.

—Olga se arriesgó por ustedes dos, básicamente. No sé lo que habría hecho la CIA después de morir ella, pero yo he presionado de modo que sus deseos fueran cumplidos, aun estando muerta. Desde este momento, los dos son libres. Con dos advertencias. Una: no vuelvan jamás por los Estados Unidos de América, pues yo mismo emprendería su caza. Dos: si continúan dedicados al espionaje, aténganse a las consecuencias. Esto último pueden evitarlo, ya que aquí —sacó un abultado sobre que tendió hacia Sergei Baarova— hay dos pasaportes de nacionalidad italiana a nombre de ustedes, y cien mil dólares. Pueden hacer lo que gusten: empezar una nueva vida... o reanudar la anterior. Buena suerte. La entrevista ha terminado.

—Gracias —murmuró Baarova—. Gracias por todo, Octopus.

—Mi compañera les dejará en tierra firme. Adiós.

Los dos rusos pasaron a la lancha, cruzándose con Fiorella, que saltaba a la góndola. La muchacha fue a sentarse junto al espía, y le tomó una mano.

—¿Puedes esperar aquí unos minutos, Malcom? —susurró.

—No tengo nada que esperar aquí —susurró también Malcom Shanon—. No quiero lastimarte, Fiorella, pero es mejor que nos despedamos ya.

—Por favor, sólo unos minutos... ¡Por favor, Octopus!

Malcom Shanon apretó los labios. ¿Debía esperar a Fiorella? La respuesta era NO. Dos días antes, él había enviado un telegrama a su residencia de Los Ángeles...

El telegrama prometido a Melanie, en el que le decía: EN MI GÓNDOLA TE ESPERO... En dos días, una mujer que ama realmente a un hombre ha tenido tiempo sobrado para reunirse con él. Lo cual, ciertamente, no había hecho la dulce, bellísima, cariñosa y apasionada Melanie. ¿Debía ahora cauterizar esa llaga ofreciéndole un amor de mentira a Fiorella? La respuesta era negativa. Pero, por encima de todo, Fiorella no se merecía recoger las cenizas que había dejado otra mujer.

—No, Fiorella... No. Mañana temprano regreso a Estados Unidos, y eso será todo. Voy a quedarme aquí, pero quiero estar solo, para reflexionar. Adiós... o hasta que V-01 y Octopus vuelvan a necesitarse el uno al otro. Ve con todo mi afecto, Fiorella.

En la penumbra relucían extraordinariamente los ojos de Fiorella, de los cuales se desprendieron dos gruesas lágrimas.

—Adiós, Octopus —se oyó apenas su susurro.

El agente de la CIA quedó solo. La góndola se movió un poco al abandonarla Fiorella, y eso fue todo. Quedó allí, flotando en el silencio de las mansas aguas del gran canal, amarrada a uno de los largos amarraderos pintados de tal modo que a Malcom Shanon siempre le habían parecido gigantescos caramelos... Oyó el zumbido del motor de la lancha, alejándose. Cerró los ojos, y se relajó.

Sí.

Necesitaba horas de soledad y sosiego.

ÉSTE ES EL FINAL

La góndola se movió simultáneamente con el chasquido en la pequeña cubierta. Malcom Shanon abrió los ojos, y todos sus sentidos volvieron a la realidad. La mano derecha se hundió en la axila izquierda, los largos dedos bronceados tiraron del arma, que quedó apuntando hacia la entrada del pequeño nidito de romántico amor.

Las cortinas se descorrieron, y una silueta femenina se recortó en el resplandor de las luces del exterior. Las luces del canal, de las casas, de las embarcaciones... Las luces multicolores de Venecia.

—¿Malcom? —Sonó una voz con ligero trémolo.

Octopus se estremeció fuertemente. Guardó la pistola, y su movimiento fue captado por la mujer, que se abalanzó hacia él, se le abrazó, sentada en su regazo, y hundió su fresca boca en la suya, que durante unos segundos permaneció dura y fría... Hasta que, poco a poco, se fue suavizando, y sus manos tocaron aquel cuerpo tierno, tibio, que tan bien conocía... ¡Ah, Fiorella, Fiorella...! ¿Tanto lo amaba? ¿Tanto que incluso lo ponía en brazos de otra mujer, puesto que esto era la felicidad para él? Sí, aquello era cosa de Fiorella. Ella debía haber estado antes en el Excelsior, o quizá alguno de sus colaboradores de Venecia. Había visto a la hermosa muchacha que estaba esperando allí al señor Malcom Shanon, al famoso actor cinematográfico mucho más guapo que Robert Redford... y se la servía en bandeja.

Cuando el beso terminó, Melanie suspiró profundamente, y dijo:

—Vine en cuanto recibí tu telegrama, pero no sabía dónde estabas, ni dónde estaba tu góndola en la que me estabas esperando... Y cuando te esperaba en el hotel, una mujer se acercó a mí y me dijo...

—Sé más o menos lo que te dijo —susurró Malcom.

—Malcom... ¿estás contento de que haya venido a reunirme contigo?

—Si te dije que te esperaba en mi góndola, era porque deseaba que vinieras, Melanie.

—¿Sabes? —Lo besó ella brevemente en los labios—. ¡He pensado que, ya que estamos aquí, podríamos casarnos en Venecia! ¡Sin decírselo a nadie, sin invitar a nadie...! Cuando el mundo quiera enterarse, el guapísimo actor Malcom Shanon ya se habrá casado. ¿Qué te parece la idea?

—Buenísima —comenzó a sonreír Octopus.

—¡Eres maravilloso! Bueno, y ya que estamos de acuerdo, deberíamos volver al hotel, para preparar lo poco que se tenga que preparar... Ah, por cierto, vi a Perla, que tampoco sabía dónde estabas... ¡Siento tantísimo que nadie te haya escuchado en tus buenas intenciones de salvar Venecia!

—Ellos se lo pierden —refunfuñó Shanon—. En cuanto a nosotros, nos bastará con que Venecia aguante hasta que terminemos la luna de miel.

—¡Oh, sí! Vamos a volver al hotel para...

—Oye, no eres tú la única en tener buenas ideas... —masculló el guapo actor cinematográfico—. Yo también tengo alguna, de cuando en cuando. Y acabo de tener una.

—¿Cuál?

—Pues que nuestra luna de miel empiece aquí, y ahora... ¿Qué te parece? ¿Se te ocurre algún sitio mejor?

En la penumbra del camarín del amor se oyó un suspiro. Luego, el sonido de ropa deslizándose sobre carne. Luego, otro suspiro, y la voz de Melanie antes de que fuese ahogada por los labios del espía:

—Ojalá todas tus ideas sean tan buenas como est...

Eso fue todo.

Los tentáculos de Octopus se cerraron fuertemente sobre su última presa.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales, etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...